# La Luz de la Verdad

DRAMA EN DOS ACTOS EN PROSA

ORIGINAL DE

D. Ricardo García Cuesta

Estrenado con gran éxito en el Teatro A B C de Madrid
la noche del día 16 de Marzo de 1919

MADRID
Imprenta de la Viuda de Tirso de Frutos
TRAFALGAR, 5
1919

# LA LUZ DE LA VERDAD

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con las cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# La Luz de la Verdad

DRAMA EN DOS ACTOS EN PROSA

ORIGINAL DE

D. Ricardo García Cuesta

Estrenado con gran éxito en el Teatro A B C de Madrid
la noche del día 16 de Marzo de 1919

MADRID
Imprenta de la Viuda de Tirso de Frutos
TRAFALGAR, 5
1919

Mi estimado
amigo D. José Java
en testimonio de verdadero
afecto su amigo

Ricardo Gancia

Madrid 1 Abril 922

# REPARTO

| PERSONAJES | ARTISTAS |
|---|---|
| MARIA (19 años.) | Srta. Herrero. |
| BLANCA (30 años.) | » Almedáriz. |
| MARTA (20 años.) | » Rodríguez. |
| LUISA (60 años.) | Sra. Cobos. |
| PILAR (50 años.) | » Medinilla. |
| CARLOS (38 años.) | Sr. Julián Pérez de Avila. |
| JUSTO (55 años.) | » Miguel Núñez. |
| PADRE ANSELMO (60 años.) | » Arturo López. |
| JUAN (25 años.) | » Joaquín Puig (hijo). |
| UN REPORTER (40 años.) | » Antonio Crespo. |
| PEDRO (50 años.) | » Joaquín Puig (padre). |
| ANDRES (22 años.) | » Calonje. |
| UN NIÑO (7 años.) | » Pepito García. |

**Epoca actual.**

Derecha e izquierda, las del actor.

# LA LUZ DE LA VERDAD

## ACTO PRIMERO

La escena representa un salón de la casa de Carlos con elegancia y buen gusto.

Puertas laterales derecha é izquierda. La puerta del foro, grande, y estará siempre abierta. Al fondo, galería de cristales que dan vistas a un jardín. Pendiente del techo una araña; chimenea; sobre ésta un reloj, entre el primero y segundo término; derecha un timbre; es de día; la acción de esta obra en verano.

### ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen en escena LUISA y JUAN, criados de la casa. JUAN está limpiando los muebles con un plumero; LUISA poniendo en orden las butacas.

Luisa. Cuánto tiene una que sufrir en este mundo.

Juan. *(Dejando de limpiar.)* Sí, señora Luisa, todo lo que usted dice, es la pura verdad. Esta casa se va poniendo imposible.

Luisa. Pero no por culpa del señorito.

Juan. Al contrario; si no fuera por él y la señorita María, yo no estaba ya en la casa. A la señora no hay quien la aguante. Mire usted, a mí no me gusta hablar de nadie mal; pero la verdad, la señora no es buena, es muy orgullosa y muy maliciosa, y ese es un defecto muy grande para tener que estar constantemente al lado de una persona así; le saluda uno y no contesta. ¡Qué diferencia de hermanas! Una tan simpática y tan cariñosa y la otra tan dés-

pota y antipática, que nadie la puede ver. ¡Parece que la hicieron regañando! La verdad, que yo no sé cómo se casó el señorito con ella.

Luisa. Ya te he dicho que yo crié al señorito Carlos. No quiero hablar de él, porque acaso sea pasión.

Juan. No, señora, nadie habla mal de él; todos le quieren.

Luisa. Bueno, más vale así. Cuando nació el señorito Carlos, me llamaron sus padres para que yo me encargara de criarle; pues hacía unos días que yo había dado a luz un niño, que no vivió más que ocho días. Como los señores me conocían de antes y yo sabía lo buenos que eran, no tuve inconveniente en aceptarlo. Aqnello era el paraíso. Después me quedé viuda y yo seguí en la casa. Al poco tiempo murió la señora, que era un ángel, y cuando tenía el señorito veintidós años, falleció el señor. El hijo es el vivo retrato de su padre y por lo tanto puedes darte idea de lo que era el padre. Unos días antes de morir llamó a su hijo, ordenándole que cuando él falleciera, cosa que él consideraba cercana dado su mal estado, contrajera matrimonio y que su gusto sería que lo efectuara con una pobre de intachable honradez, como él hizo y que el señorito Carlos ha hecho.

Juan. ¿De modo que la señora era pobre?

Luisa. Más que nosotros. Eso sí, honradísima como toda su familia. Cuando yo la conocí, era amable, alegre, cariñosa y con un corazón de oro a su lado. No había penas ni calamidades. Si vieras qué contento estaba el señorito de haber encontrado una mujer que llenaba todas sus aspiraciones. Todo le parecía poco para ella y fueron felices hasta el día que tomaron amistad con don Justo y doña Pilar

Juan. ¿Y antes no era tan beata la señora?

Luisa. Jamás se ocupó, cuando daba una limosna, si ésta la recibía un cristiano o un judío; esos señores son los que la han vuelto el juicio.

Juan. Algo de eso me he figurado yo; y ¿cómo hicieron esa amistad?

Luisa. Sencillamente; esos señores alquilaron el hotel próximo al nuestro, para una temporada, y como es natural vinieron a ofrecer la casa y desde entonces son íntimos amigos.

Juan. De la señora, que el señor me parece que no los traga.

Luisa. Es natural, porque sospecha, con razón, que el cambio que ha experimentado la señora obedece a consejos que recibe de esos señores.

Juan. Pues yo que él los había echado ya.

Luisa. El también lo haría; pero no quiere disgustar a la señora, porque, eso sí, la quiere como el primer día.

Juan. Y á la señorita María.

Luisa. Y a todo el mundo; para él todos son iguales.

Juan. A usted también la quiere mucho; ¿y usted a él?

Luisa. Cómo no he de quererle si le crié yo. Y a ella también, a pesar de todo, porque al fin y al cabo es la mujer de mi señorito, de mi hijo, como yo le llamaba antes.

Juan. ¿Ahora no se lo llama usted?

Luisa. Cuando estamos solos, sí; delante de otras personas me lo han prohibido. (*Con pena.*) También me han prohibido el beso que le daba todas las mañanas al levantarme. Desde niño le enseñaron sus padres esa costumbre y la siguió hasta que otras personas lo censuraron. (*Con pena.*) ¡Cuanto lo echo de menos, y a mis años, cuando máscariño necesito, es cuando más me va faltando! (*Limpiándose los ojos.*)

Juan. Vamos, no sea usted aprensiva que el señor la quiere.

Luisa. Sí, pero yo quisiera que ella también me demostrara algún cariño. Los viejos somos como los niños, no lo podemos remediar; pero todo lo llevo con calma para que sean felices; no deseo otra cosa

Juan. En fin, dejemos esto que está pasando usted mal rato.

Luisa. Mejor es.

## ESCENA II

Entra MARIA por el foro.

María. Buenos días, amigos.

Juan. (*Con entusiasmo por María*) (Esto da gusto; ya no me importa no comer.)

Luisa. (*Con alegría.*) ¿Adónde va la alegría de la casa?

María. A saludar a mis amigos; ya vengo de hacer un poco rabiar al jardinero (*Con enfado infantil*); pero me da mucha rabia, nunca se enfada.

Juan. Pero, señorita, si con usted no hay quien se enfade.

María. Mira Juan, cuando estemos solos, no me llames señorita.

Juan. ¿Pues, cómo la voy a llamar?

María. María a secas.

Juan. (*Aparte.*) Bueno; a ésta la servía yo de balde.

Luisa. (Así quisiera yo ver a la otra.)

María. Bueno; a lo que vengo, vengo.

Luisa. Vamos a ver.

María. Voy a la fábrica hacer a una visita a los obreros; si mi hermana pregunta por mí me disculpas; pero no digáis que he ido a la fábrica.

Luisa. ¿No la gusta?

María. No.

Juan. (*Aparte.*) Eso está mal.

Luisa. ¿Por qué?

María. Rarezas suyas. No quiero entretenerme más, voy escapada. Ya sabeis el encarguito. (*Vase corriendo por el foro.*)

## ESCENA III

LUISA y JUAN. Después CARLOS por la segunda derecha.

Juan. (*Por María.*) Esto es un carro de mudanzas lleno de simpatías; pues no ha dicho nada la niña para que yo no la quiera. (*Dándose importancia.*) Venía a saludar a sus amigos; esa palabrita me tiene alimentado para un par de meses.

Luisa. Qué loco eres.

Juan. Pero si las personas somos, mal comparadas, como los perros; con una caricia nos basta para estar agradecidos.

Luisa. Así es.

Juan. ¿A que no sabe usted cómo voy a celebrar ese agasajo? (*Luisa se encoge de hombros.*) Pues fumándome un pitillo en contra de mi costumbre.

Luisa. A ver si te emborrachas.

Juan. Más borracho que me ha dejado la señorita, no me deja este cigarro. (*Le enseña y se pone a encenderle. En el momento que lo hace, sale Carlos por la segunda derecha.*)

Carlos. Así me gusta a mí, que haya buen humor en mi casa. (*Juan, al percibir al señor, trata de tirar el pitillo*

*y la cerilla. El señor lo nota y le dice)*: Sigue, sigue, que yo también fumo.

Luisa. Ya me lo temía yo.

Juan. (*Aturdido.*) Señor, yo creí... que...

Carlos. Sí, que temías que yo te regañara. Esas son cosas propias de hombres. Me ha extrañado porque nunca te vi fumar.

Juan. (*Más tranquilo.*) Es que esto (*señalando el cigarro*) era una especie de fiesta.

Carlos. Bueno, sigue con la fiesta.

Luisa. (*A Carlos.*) ¿Me mandas algo?

Carlos. No; ve por si te necesita la señora. (*Vase Luisa por segunda derecha. Carlos se sienta.*) Oye, Juan, ¿qué tal andas de ropa?

Juan. Regular, señor. Tengo tres trajes en buen uso, pero uno de ellos se le voy a regalar a mi padre que está en el pueblo.

Carlos. Ya será viejo, ¿verdad?

Juan. No tiene más que dos años.

Carlos. ¿Tu padre?

Juan. No, señor, el traje. Mi padre ya tiene setenta años.

Carlos. Ya es viejo.

Juan. Sí, señor; pero está muy fuerte.

Carlos. Cuando le mandes el traje me avisas, que yo le mandaré un regalillo de mi parte. Cuando limpies mi ropa, apartas el traje gris y le llevas a tu cuarto.

Juan. Señor, si está nuevo.

Carlos. Por eso te lo regalo; si no le mandaría tirar.

Juan. Señor, no sé como agradecerle...

Carlos. (*Interrumpiéndole.*) De ninguna manera; siendo buen hijo.

Juan. Siempre lo fuí.

Carlos. Pues sigue igual.

## ESCENA IV

Sale BLANCA por la segunda derecha.

Blanca. (*A Juan, con sequedad.*) ¿Dónde está la señorita?

Juan. No le puedo decir a la señora.

Blanca. La obligación de usted es saberlo.

Juan. Si dicen los señores cuando salen donde van, sí; si no, no.

Blanca. (*Con severidad.*) Basta, retírese.

Carlos. (*Con amabilidad.*) Retírate, Juan. (*Vase Juan por la segunda derecha.*)

## ESCENA V

BLANCA y CARLOS.

Blanca. (*Sentándose.*) Este criado me molesta; es descarado, no respeta; por supuesto, que de todo esto tienes tú la culpa. Con tu modo de pensar, aquí cada uno hace lo que quiere.

Carlos. ¿Qué culpa tiene nadie el que tú tengas un carácter poco agradable?

Blanca. ¿Le defiendes?

Carlos. Defiendo la razón nada más. Si yo notara que algún criado no cumple con su deber, sería el primero en reprenderle.

Blanca. Ocasión has tenido de hacerlo.

Carlos. ¿Cuándo?

Blanca. Hace poco me contestó mal.

Carlos. Contesto en armonía con lo que tú le decías.

Blanca. Tú piensas al revés que todo el mundo.

Carlos. Pienso como se debe pensar. Yo no soy de esos hombres que se dejan llevar de pasiones. A mí me gusta juzgar las cosas tal y como son.

Blanca. Tú no crees en nada. Para tí nunca hay motivo para reprender a un criado. Para ti tu mujer es la que menos razón tiene.

Carlos. Ganas tengo de dártela en algún asunto.

Blanca. No lo veo claro.

Carlos. Te dejas conducir por mal camino; estás ciega; quieres hacerme ver lo blanco negro; pero yo no creo nada más que lo que veo. Lo que no veo, ni siquiera lo pongo en duda; me callo antes de discutirlo.

Blanca. Si no se creyera nada más que lo que se ve, no se creería ni en Dios.

Carlos. Es lo único que se puede creer sin haberlo visto, pero no porque se llame Dios. Llámese Juan o Pedro hay un ser que nos domina, no tan justiciero como le pintan, pero debemos todos creer en El.

Blanca. Y en sus ministros.

Carlos. En los buenos sí, pero no en los que quieren desfigurar las doctrinas de Cristo para imponernos otra

tan cruel, que hasta se atreven a aconsejarnos que reneguemos de aquellos que nos dieron el ser.

Blanca. (*Indignada*) Eso no es cierto. Eres un hereje.

Carlos. Para ti, para quien menos debo serlo; porque has de saber que la mujer que estima en algo a su marido, debe acatar los consejos que la dé.

Blanca. Si yo siguiera tus consejos, estaría condenada al pecado eterno.

Carlos. Claro; así resulta que el condenado soy yo.

Blanca. No por culpa mía.

Carlos. No; por culpa tuya estamos condenados todos los de la casa.

Blanca. ¿Qué dices?

Carlos. Hasta el loro es un chismoso por tus lecciones.

Blanca. Eso es falso.

Carlos. Cuando traje ese bicho para satisfacer un capricho tuyo, no se ocupaba más que de cantar coplas y en hacer burla a los vendedores que pasaban por la calle; pero ahora, ahora no pueden hablar los criados nada delante de él; por supuesto, que no durará mucho en la casa.

Blanca. ¡Hereje! Vas a matarlo.

Carlos. No, porque yo no puedo disponer de la vida de nadie. Por eso no mato ni a las moscas, aunque me molestan; me cambio de sitio y en paz. No soy como tú, que no haces más que dar órdenes. (*Como si mandara.*) ¡Que maten las moscas, que maten la polilla, que maten los ratones!

Blanca. Tú piensas así, porque eres un necio.

Carlos. Yo no los mato, porque no debo hacerlo, porque esos bichos los crió quien te crió a ti.

Blanca. (*Indignada.*) Mi madre no crió nunca ratones.

Carlos. Me lo figuro que tu madre no se habrá dedicado a la crianza de ratones, pero, ¿quién te dió a ti el ser?

Blauca. Dios.

Carlos. Pues ese mismo se la dió a esos animalitos. Por eso yo debo respetarlos. Cuando El los crió, serán necesarios.

Blanca. A ti te debió criar el demonio.

Carlos. Pues mira, si a mí me crió el demonio, a ti debió criarte una legión de diablos, porque tú eres el mismo demonio. (*Cambiando de tono.*) Sin enfadarte: (*se levanta y se coloca apoyándose en el respaldo de la butaca de Blanca cariñoso.*); porque si yo me casé contigo, fue porque me pareciste una virgen; lo que

eras cuando no tenías quien te aconsejase mal; lo que eras cuando yo te conocí, una santa, la madre de los pobres. Entonces no podías ver lágrimas; acuérdate que disponías de mi bolsillo (*Blanca trata de protestar*); claro es que con perfectísimo derecho, porque ibas a ser mi esposa y yo tan contento porque te bendecían al recibir las limosnas. (*Con acento triste.*) ¡Hoy no tienes quien te bendiga! Estás sembrando el ódio por donde quiera que vas.

Blanca. No es cierto; tengo muchos que me bendigan.

Carlos. En la apariencia, si; de corazón, no; no proteges nada más que a esa mala semilla que al amparo de Dios cometen mil villanías; donde entran siembran el mal y que no dan más que malos consejos.

Blanca. ¡Calla, calla!

Carlos. Que jamás dieron una limosna de su dinero propio.

Blanca. No sigas, porque no puedo continuar escuchando semejantes disparates. (*Se levanta y cambia de sitio.*)

Carlos. Deseo que me escuches; quiero demostrarte tu ceguera; que estás echando por tierra tu felicidad y la mía; que tengas conciencia de lo que haces.

Blanca. La tengo.

Carlos. Nó, tu conciencia no manda; son otros los que se imponen. Esas aves de rapiña que se apoderaron de tu voluntad fácilmente y la manejan a su antojo. (*Blanca trata de protestar.*) No digas que no, querida Blanca; tú no eres la misma de antes; tú obedeces a la voluntad de unas personas sin entrañas y sin conciencia, que dejan morir de hambre a aquel que no se acoge a su religión; que jamás dieron una limosna sin su cuenta y razón; que no levantan al caído; que todo lo quieren avasallar con su poderío y su hipocresía y lo que hacen con eso, es que se extienda un odio universal contra la Iglesia.

Blanca. Así piensan los que no conocen lo que es la religión.

Carlos. ¿Cuál de ellas?

Blanca. La única que hay.

Carlos. No; hay dos: una la que yo quiero, la que debemos acatar todos, la de Cristo; la que nos aconseja amaos unos a los otros; la otra es la urdida por esos siervos del Señor, como tú dices, y la que no trae a la sociedad más que mucho rencor y mucho odio.

Blanca. Vosotros, los incrédulos, sois los que propalais el odio contra la Iglesia.

Carlos. Nosotros recojemos lo que sembraron ellos.

Blanca. Ellos siembran el bien en todas partes.

Carlos. Cuando les conviene.

Blanca. Siempre socorrieron al que lo merecía.

Carlos. Todos lo merecen.

Blanca. Todos, no; al que es enemigo de la Iglesia no merece que se le atienda.

Carlos. Pero si Jesucristo no conoció nunca enemigos, ni a los que le crucificaron; si no sé como Jesucristo consiente que esos señores que tienen la osadía de llamarse apóstoles de la Iglesia, vayan acaparando capitales para convertirse en burgueses. (*Blanca trata de protestar.*) Sí, en burgueses al amparo de la religión, poniendo siempre a Jesucristo por pantalla, como si El no mereciera otro puesto más honroso. Jesucristo era el ser más desinteresado que vino al mundo; jamás pudo llevarse un pedazo de pan a la boca, por temor que hubiera otro que lo necesitara.

Blanca. Nosotros damos muchas limosnas.

Carlos. No, vosotras no dáis limosnas; vosotras compráis conciencias a bajos precios. Sí, cuando dais una limosna ponéis el rosario por delante. Dad la limosna y dejar libertad para que cada uno obre como le dicte su conciencia.

Blanca. Fuera de la Iglesia, no se encuentran conciencias sanas.

Carlos. Preséntame un caso.

Blanca. Tú mismo, no puedes hablar de conciencia. Un hombre tan avaro como tú. ¿Qué limosuas hacéis vosotros?

Carlos. Las que otros hagan no lo sé; lo que haga yo, mi educación no me permite echar en cara el bien que hice, si hice alguno; también reconozco que soy avaro.

Blauca. No debías serlo.

Carlos. Yo no hice voto de castidad; obro con arreglo a mi conciencia y si soy avaro no es para mi, es porque tengo muchos hijos que mantener.

Blanca. Eres un monstruo; nunca creí que te atreverías a confesar semejante falta.

Carlos. Y te los presento; si vieras qué ganas tienen de conocerte. ¡Cuánto se alegrarían si tú les recibieras con los brazos abiertos y dijeras: los hijos de mi marido son los míos!

Blanca. ¡Nunca! Que no se pongan a mi alcance, porque podría costarles caro la imprudencia de su padre.

Carlos. Vamos, o no has comprendido cuál es mi numerosa familia o no lo quieres comprender. ¿Tú crees que yo te engañé alguna vez?

Blanca. Tu lo dices.

Carlos. Pues si alguna vez te engañé, fué ocultándote mi pensamiento. ¿Sabes cuál es mi numerosa familia? Los mil obreros que trabajan en la fábrica. Como son mis hijos, trabajan para mantener al padre y como reconozco lo buenos que son, soy ambicioso en los negocios para proporcionarles el bienestar de los suyos.

Blanca. (*Con desprecio.*) Eres un ordinario; no tratas más que con esa clase de gentes.

Carlos. Con las de tu clase.

Blanca. (*Con orgullo.*) Hay un escalón muy alto para subir de su posición a la mía.

Carlos. El mismo que había de la tuya a la mía cuando te conocí.

Blanca. (*Con mal tono.*) ¿Te atreves a echarme en cara?..

Carlos. (*Interrumpiéndola*) No, porque fué mi gusto. Lo que sí me atrevo a recordarte es que no olvides nunca que esa clase de gente debe ser para tí tan respetable como el señor más poderoso, porque siendo todos hermanos y ya que la madre Naturaleza desheredа a unos para enriquecer a otros, siendo todos hijos de la misma madre, los hermanos mayores, o mejor dicho los poderosos, debemos evitar que los pequeños caigan en las garras de la miseria para que cuando Dios llame a juicio, podamos presentarnos ante El con la cara descubierta y la conciencia tranquila, habiendo dejado sembrado un campo de bendición. Así que vosotras cuando os llegue vuestra última hora, no podréis decir, so pena de mentir, «abajo en la tierra todos son felices; no podréis decir eso, tenéis que decir abajo en la tierra hemos dejado un campo privilegiado de felicidad para unos cuantos que supieron ser hipócritas, que supieron desfigurar tus doctrinas, porque con las tuyas no se podía formar capital para escarnecer a los desheredados de la fortuna».

Blanca. ¡Oh! Calla, calla, que estás maldito.

Carlos. Por vosotros, pero no por quien debo estarlo. La maldición caerá sobre vosotros que creeis que el humilde que por desgracia no puede disfrutar de una buena posición, no porque rehuse el trabajo,

sino porque la suerte le sea adversa, no tiene derecho a la vida. Si no tienen ese derecho, porque les trajo Dios al mundo para sufrir nada más, entonces tienen que agradecer muy poco a Dios.

Blanca. Todos tenemos que agradecer a Dios. Nos dió una vida preciosa y debemos conservarla.

Carlos. Nosotros sí, ellos no. Nosotros conservamos nuestra vida sin ningún esfuerzo; ellos luchan por conservarla pero llega un momento que la lucha es difícil. Dios no les ampara; sus ministros los encargados de hacerlo, se niegan. ¿Qué van a hacer?

Blanca. Rogad a Dios.

Carlos. Dios está muy alto y no oye sus ruegos.

Blanca. Dios está en todas partes.

Carlos. Entonces, sus ministros, ¿por qué no cumplen su misión? Una de dos: o no hay Dios o el Altísimo está representado por hombres sin entrañas y sin conciencia, indignos de representar una cosa tan sagrada para todos.

Blanca. No puedo tolerar que hables así; no creo que seas tú el llamado a censurar cosas tan respetables como éstas. El Señor lo tendrá en cuenta y te dará el castigo que merezcas.

Carlos. (*Con pena.*) Es incurable tu enfermedad, querida Blanca; pero yo buscaré el remedio.

Blanca. Es inutil. (*Vase por primera izquierda.*)

## ESCENA VI

Carlos. (*Con desaliento.*) Inútil sí; pero todo tiene sus límites; llega un momento en que la paciencia se acaba, se echa a rodar todo y entonces, lo que siempre estuvo quieto empieza a moverse, y ¡ay de aquellos que me robaron la felicidad!, tendrán que devolvérmela; sí, yo se lo exigiré porque es mía, me pertenece y la deseo, la deseo tanto como el vivir muchos años, muchos, hasta que vea felices a todos los que me rodean y a ti, querida Blanca, quiero que seae lo que fuiste antes; que seamos el uno para el otros yo el hereje, como tú me dices; me convertiré en, curandero y te devolveré lo que te quitaron otros: la razón. (*Con pena*); ¡pobre mártir, yo te compadezco!

## ESCENA VII

CARLOS, JUAN, por el foro; después UN REPORTER.

Juan. (*Desde el foro.*) Señor; un caballero desea hablar con usted.

Carlos. Está bien; dile que pase. (*Juan hace una señal indicando que pase la visita que anunció, sin moverse del foro. Carlos sale al encuentro. Vase Juan.*)

Repórter. (*Haciendo una reverencia que Carlos imita.*) Es a D. Carlos Ruiz a quien tengo el honor de hablar?

Carlos. Para servir a usted, caballero.

Repórter. (*Dándole la mano.*) Tanto gusto. ¿Sigue usted bien?

Carlos. Bien, gracias. ¿Y usted?

Repórter. Bien; para servirle.

Carlos. Gracias. Tome usted asiento. (*Le indica una silla.*)

Repórter. (*Le invita a Carlos a que lo haga antes que él. Se sientan ambos.*) Sentiría causarle alguna molestía.

Carlos. No le preocupe a usted eso.

Repórter. Gracias, caballero. Acaso cometa una imprudencia queriendo hacer una información sobre el funcionamiento de su fábrica; claro que para eso cuento con su benevolencia bien acreditada y el espíritu altruista que predomina en usted.

Carlos. De modo que usted desea...

Repórter. Hacer una información respecto a su fábrica y el desarrollo de la misma.

Carlos. ¿Tendrá usted a bien decirme qué periódico es el que ha de publicar esa información?

Repórter. *La España Industrial.*

Carlos. Pues bien; voy a complacerle ya que lo que usted me pide es un favor, y como yo no sé negar un favor a nadie, no iba usted a ser menos que otros.

Repórter. No esperaba menos de usted.

Carlos. Ante todo, debo advertirle que yo no me enriquecí con el producto de la fábrica, porque mis abuelos nacieron ricos, mis padres también y yo no iba a ser menos que mis antepasados. El origen de mi fortuna lo ignoro; sólo sé, aunque esto sea inmodestia, que mi fortuna asciende a doce millones de pesetas.

Repórter. Con ese capital no tenía usted necesidad de montar ninguna industria.

Carlos. Esa es la equivocación. Si nosotros, los capitalistas,

no montamos industrias, ¿quién las va a montar? ¿Los pobres para mantener a los ricos?

Repórter. Convencido; siga.

Carlos. Pues bien; al morir mi padre y dueño de una gran fortuna, pensé, con arreglo a mi conciencia, que el mundo se hízo para todos y por lo tanto todos tenemos derecho a la vida; como proteger, me dije, a un puñado de familias, dándoles una limosna era ofenderles, porque no me habían pedido, pensé en la industria que poseo y monté la fábrica.

Repórter. ¿Cuánto personal trabaja en su fábrica?

Carlos. Entre talleres y oficinas, mil.

Repórter. ¿Qué capital empleó usted para montar la fábrica?

Carlos. Para contestar a esa pregunta, tengo que darle antes algunas explicaciones. Como usted habrá visto no es todo la fábrica. Además mandé construir casas higiénicas para los obreros; los cuartos están hechos con arreglo a los hijos que puedan tener: los hay de todos los tamaños. Mandé construir una capilla para el que quiera oír misa los domingos; escuelas para los obreros que no supieran leer ni escribir. Hoy día esas escuelas se aplican para los hijos de los obreros, porque debo advertirle que todo el personal de mi fábrica sabe las cuatro reglas.

Repórter. Gracias a usted.

Carlos. No, señor; gracias a su inteligencia y a la de un profesor bien retribuído. Además mandé construir un colegio para huérfanos.

Repórter. ¿Hay muchos?

Carlos. Seis. Cuidando de ellos unas señoras con una conducta ejemplar; los cuidan como si fueran sus propios hijos; he fundado un Montepío para ancianos inútiles y huérfanos, para cuyo Montepío puse yo la primer cuota, que fué de un millón de pesetas.

Repórter. ¡Esto es asombroso! Parece un cuento de hadas. Siguiendo por ese camino va usted al precipicio.

Carlos. No hay cuidado; mis obreros no permitirían que llegara a ese extremo. En todo esto que he manifestado emplee diez millones y me reservé para mí dos, lo bastante para vivir con holgura.

Repórter. Todo esto le proporcionará grandes beneficios.

Carlos. Sí, señor; el mayor beneficio que se puede esperar es el de tener la conciencia tranquila y estar limpio de enemigos. ¿Le parece poco?

Repórter. Nada de eso Piensa usted como todo el que tiene

sentimientos nobles. Pero además habrá fijado usted algún interés al capital invertido.

Carlos. Sí, señor. De lo que produce la fábrica, libre de todo gasto, para mí es el quince por ciento y el resto para el Montepío.

Repórter. ¿Qué viene a producir la fábrica?

Carlos. Un treinta por ciento, libre de gastos.

Repórter. Entonces sus obreros llegarán a ser ricos con el tiempo.

Carlos. Con esa idea lo hago. Si no ricos, proporcionarles un bienestar, y a la vuelta de unos años cada operario mío podrá convertirse en un fabricante y por este medio quiero que se fomente la industria en mi país para que no siga colocado a la zaga de las demás naciones por culpa nuestra. También habrá usted observado que mi fábrica no se dedica sólo a una industria: soy más ambicioso, quiero abarcarlo todo; quiero demostrar que los españoles servimos para algo.

Repórter. Es usted atrevido. Quiere usted competir con las demás naciones.

Carlos. Sí me ayudan, sí.

Repórter. Y por las casas, cobra usted alquiler.

Carlos. Una pequeña mensualidad hasta que me haya reintegrado el capital invertido. Una vez que lo haya reintegrado, cada obrero quede dueño absoluto del cuarto que ocupa con escritura ante notario. Para que se entere usted mejor le daré un Reglamento. (*Saca un Reglamento y se lo da*) del Montepío

Repórter. ¿Están bien retribuídos los obreros?

Carlos. El jornal más pequeño es de cuatro pesetas.

Repórter. Hará falta una buena recomendación para entrar como obrero en su fábrica.

Carlos. No, señor; no hay mejor recomendación que la de uno mismo.

Repórter. ¡Caramba! Perdóneme por la pregunta: Como hombre previsor habrá pensado en su testamento.

Carlos. Sí, señor; pero ese es mi secreto.

Repórter. (*Levantándose. Carlos se levanta también.*) Entonces no quiero cansarle más Dentro de cuatro o cinco días todo el mundo sabrá que si hay un Dios en el cielo, hay otro en la tierra. Créame, caballero, que no salgo de mi asombro. Si todos pensaran como usted, ¡qué pronto se acabarían esas luchas contínuas que proporciona la miseria!

Carlos. Si todos pensáramos igual, todo sería paz y nadie miraría al bolsillo ajeno para proporcionarse un bienestar y comer sin trabajar a costa de esos infelices que van regando con el sudor de su frente el camino por donde han de pasar sus verdugos para escarnecerles, para que se admiren de sus galas y se fijen en los harapos que cubren sus enflaquecidos cuerpos y vean qué diferencia tan grande hay del que vive de su trabajo y del que no supo nunca el valor que tiene una peseta bien ganada.

Repórter. Así es, por desgracia. Uno solo no puede remediar el mal que causaron muchos; siempre ocurrió igual. El que está harto no se acuerda del que está en ayunas, hasta que leen en los periódtcos que un hombre ha muerto de hambre. Entonces todos le compadecen, porque no necesita nada.

Carlos. Pero siempre después de muerto; antes nadie se ocupó de él.

Reporter. Así es.

Carlos. En fin, dejemos esto; que cada uno obre con arreglo a su conciencia.

Repórter. Mejor será. Y dígame: ¿usted no tiene ninguna idea política?

Carlos. Para administrar bien no hace falta ser político, sino administrativo. La política es otro de los muchos negocios que existen. Nadie se molesta por nadie sin su cuenta y razón. Aparte que haya alguno que sea fanático por su idea; pero son los menos. Muy parlamentarios, pero malos administradores.

Repórter. En resumen: que usted no tiene idea política alguna.

Carlos. No, señor; lo mismo me da Juan que Pedro. Siempre me encuentro al lado del bueno.

Repórter. Muy bien; estudiaré el Reglamento y haré un articulito.

Carlos. Se lo agradeceré, no por vanidad, sino por ver si alguien sigue mi ejemplo. Le suplico que se sujete a la verdad. Nada de alabanzas para mí; todo para esos humildes hijos del trabajo.

Repórter. Muy bien. Estoy a sus órdenes.

Carlos. Me es muy grata su visita; pero comprendo que serán muchas las ocupaciones que tenga.

Repórter. Muchas.

Carlos. ¿Tiene usted hijos?

Repórter. Siete.

Carlos. Perdóneme mi indiscreción. ¿Tendrá usted buen sueldo?

Repórter. Una miseria; veinticinco duros.

Carlos. (*Aparte.*) Tiene que pasar hambre.

Repórter, Aquí le dejo una tarjeta (*Se la da*) y si en algo puedo serle útil me pongo a su disposición.

Carlos. (*Dándole la mano y acompañándole hasta el foro.*) Cuente con un amigo incondicional para todo lo que se le ofrezca

Repórter. Mil gracias. (*Haciendo una reverencia. Carlos le imita.*) Beso a usted la mano.

Carlos. Adiós. (*Se despide afablemente.*)

Repórter. Y perdone la molestia. (*Vase por el foro*)

## ESCENA VIII

CARLOS

Carlos. ¡Pobre hombre! Le ayudaremos a pagar el cuarto sin que sepa quién se acuerda de él en este valle de lágrimas. Cuántas desgracias podríamos evitar entre unos cuantos; pero se pone por medio siempre la maldita ambición. Ambición que los lleva hasta el sepulcro, como si después de muertos se necesitara algo Después todo sobra hasta los rezos de los parientes más cercanos, porque muchas veces resultan falsos y no sirven más que para mofa del que los escucha. ¡Mundo! ¡Mundo! ¡Cuántos misterios encierras y qué difícil es descubrirlos! (*Vase segunda derecha.*)

## ESCENA IX

DOÑA PILAR, DON JUSTO y LUISA por el foro. Después BLANCA por la primera izquierda.

Luisa. Pasen ustedes. Voy a buscar a la señora.

Pilar. ¿No habrá salido?

Luisa. No, señora. (*Vase primera izquierda.*)

Justo. (*Se sientan.*) Sentiría que estuviese el marido, porque delante de él no se puede hablar.

Pilar. Claro, y como se trata también de la cuñadita.

Justo. A nosotros lo que nos conviene es que la niña entre en el convento, que después, como la hermana está de nuestra parte, el dinero andaría en su punto.

Pilar. Calla, que vienen. *(Se levantan.)*

Blanca. *(Por la primera izquierda seguida de Luisa. Muy complaciente.)* Mis queridos amigos.

Luisa. ¿Desean algo los señores?

Blanca. *(Con sequedad.)* No. Puedes retirarte. *(Vase Luisa por segunda derecha.)* Y usted, don Justo, qué tal.

Justo. Luchando como siempre. *(Se sientan los tres.)*

Pilar. Es nuestra misión.

Blanca. Siempre mirando por el prójimo más que por uno mismo.

Pilar. ¿Y María?

Blanca. No sé donde andará.

Justo. Esa niña goza de mucha libertad.

Blanca. No; si no sale de aquí.

Justo. No importa. Aquí mismo puede pervertirse una doncella.

Blanca. *(Sorprendida.)* ¿Aquí?

Justo. Sí, señora. Es muy alegre.

Pilar. Y eso puede traer fatales consecuencias.

Justo. Es conveniente que a todo trance se la recluya en una casa de religiosas. He visto cosas que no me gustan nada.

Blanca. Yo no he visto nada.

Justo. Usted será siempre la última que se entere. Tiene usted servidumbre sospechosa en casa.

Pilar. Y se pone el remedio antes que llegue la cosa a más.

Justo. Su esposo es un peligro.

Pilar. Debe usted evitar todo contacto con él.

Justo. Y sacar de aquí cuanto antes a María.

Pilar. Antes que caiga en el pecado eterno.

Blanca. ¡Señor! ¿En qué infierno me metí? ¡Perdóname!

Pilar. Dios no lo tiene en cuenta porque sabe que fué engañada miserablemente y si cayó usted en pecado mortal, se va limpiando abriendo su bolsa para hacer obras de caridad. De esa forma quedará limpia de todo pecado.

Blanca. Bien sabe Dios que no deseo otra cosa.

Justo. Así lo creo; pero tiene usted en su casa muchos que conspiran contra la religión. Su esposo es un hombre perverso; no cree en nada; pertenece a una sociedad corrompida por el vicio. Con su libertad de

pensamiento todo lo atropellan: violación de doncellas, corrupciones de menores, propagadores del vicio; hombres insaciables y sin conciencia.

Blanca. Eso mismo le digo yo muchas veces; pero es incorregible.

Justo. No hay más que ver el desarrollo que tiene el vicio.

Blanca. En la clase pobre.

Pilar. Desde luego.

Justo. En nuestra clase no se ven más que buenos ejemplos.

Pilar. Nosotros nos desvelamos por el bien de nuestros semejantes.

Blanca. Para que luego no sepan agradecerlo.

Pilar. Así es; pero las personas sensatas no dejarán de comprender que si no fuera por las muchas limosnas que damos, se estarían viendo cuadros desoladores a cada paso en la vía pública.

Justo. Y todo por culpa de cuatro degenerados como su esposo, que hablan mucho teniendo por qué callar.

Pliar. Y los desgraciados que les escuchan no saben que con sus teorías les lleva camino del precipicio.

Justo. Al desarrollo del mal.

Blanca. Luego, es un hombre insociable. No le saque usted de sus obreros, porque no sabe más el está orgulloso con ellos. A mí es una gente que me molesta.

Pilar. No saben tratar.

Blanca. Son ordinarios en sus modales; no se qué educación podrán dar a sus hijos.

Justo. Pues bien orgulloso está su esposo de la escuela que fundó para sus obreros; para esos infelices que no creen en nada más que lo que él les dice. Los ha embelesado de tal forma, que ni siquiera se han fijado que están siendo víctimas de aquel que les halaga para explotarles más facilmente.

Blanca. Dice usted bien. Ese es el motivo de que la gente obrera no cumpla con la Iglesia como Dios manda.

Pilar. Es intolerable.

Justo. Si existiera algún castigo, la religión no sería injuriada por esos herejes que siguen los consejos malsanos de unos cabecillas tan embusteros y farsantes que hasta quieren negar el poder de Dios; pero no está lejano el día que volvamos a los tiempos aquellos en que la palabra menos ofensiva para la Iglesia, era la sentencia de muerte para aquel que la pronunciaba.

Blanca. Gracias a que nosotros contamos con más elementos que nuestros contrarios. Hay mucha miseria y el hambre les hará volver a la razón.

Justo. Algunos que otros prefieren antes morir.

Blanca. Desengáñese usted; desde que se reparten limosnas aumenta nuestra lista considerablemente. Ayer estuve a visitar a unos desgraciados porque pidieron socorro.

Pilar. ¿Alguno de los nuestros?

Blanca. No; pero desde ayer lo son. Era uno de esos que ni siquiera saben el Padrenuestro; un condenado al pecado eterno. No había en aquella casa nada que demostrara que eran fieles servidores de la Iglesia.

Justo. Sería algún anarquista.

Pilar. Seguramente.

Blanca. Tal creo, porque era soberbio como todos. Al principio rehusaba el donativo; decía que el no vendía su conciencia por un pedazo de pan; pero como el hambre es buena consejera, consultó con su conciencia y desde ayer contamos con siete afiliados más.

Justo. ¿Siete?

Blanca. Sí; su mujer y cinco hijos.

Pilar. Si no se arrepienten.

Blanca. No creo, porque yo sé hacer bien las cosas. El donativo lo entregaré yo misma después que hayan oido las misas los domingos y los jueves.

Justo. ¿Es de preferencia el bono?

Blanca. No; porque no venían recomendados. Es de una peseta o sea dos pesetas semanales.

Justo. Aun dicen que somos malos. ¿Qué sería de esa familia sin nosotros? (*Se oyen risas de mujer fuera de la escena.*)

Pilar y Justo. (*Con sobresalto.*) ¿Qué es esto?

María. No se asusten; es mi hermana.

Justo. Sin embargo, no está bien reír de esa forma en una casa tan respetable como ésta. (*Vuelve a oirse reir.*)

Blanca. (*Se levanta de mal humor y se dirige al foro*) ¡María! ¡María! No oyes que te llamo. Ven aquí. (*Se sienta.*)

## ESCENA X

Dichos y MARIA, que sale por el foro muy contenta y con un ramo de flores en la mano.

María. ¿Me llamabas? (*Fijándose en Pilar y Justo*) Perdonen, no les había visto. ¿Qué tal, doña Pilar? ¿Y usted, don Justo?

Pilar y Justo. (*Con sequedad*) Muy bien.

María. (*Aparte.*) Qué agradables son.

Blanca. ¿Por qué te reías de esa manera?

María. Porque tenía ganas de ello.

Pilar. (*Aparte.*) ¡Qué insolente!

Blanca. Esa no es contestación.

María. ¿Pues qué quieres que te diga? ¿Que me reía de esos señores? (*Señalando a Pilar y Justo. Ambos tratan de protestar.*) No se incomoden; pero como mi hermana casi me exige que la diga que me reía de algo, puse esa comparación; porque ni yo misma sé de lo que me reía.

Justo. (*Ofuscado.*) Una comparación mal puesta.

María. Bueno; perdonen ustedes porque no quiero ofenderles.

Blanca. Sigo sin saber lo que motivó esa risa.

María. No creo que sea ningún misterio. Me reía de mí misma; mejor será que reírme de otras personas.

Pilar. El reírse de esa manera es ofender a Dios. Es reírse de El mismo.

Blanca. Y es ordinario.

María. Esas son cosas de ustedes. Quieren ustedes quitar una cosa que nos dió el mismo Dios. ¿Con qué derecho quieren ustedes imponerse a El y quitarme ese placer que proporciona la risa? ¿O es que Dios nos trajo al mundo nada más que para llorar? Yo no ofendo a nadie con eso. Cuando le moleste a Dios que me la quite, que es el que me la dió. Más agradecido quedará con mis risotadas inocentes, que con las lágrimas vertidas al pie del altar por otras personas pidiendo a Dios que les perdonen de lo mucho malo que hicieron en este mundo. Por eso yo me río tanto y lo seguiré haciendo mientras Dios me lo permita, que tiempo me queda de llorar en este mundo.

Blanca. No seré yo la que tolere esos escándalos.

María. No creo que sea eso dar escándalo, porque entonces tú has dado muchos.

Justo. (*Aparte a Pilar.*) Se ha contagiado del otro.

Blanca. (*Con seriedad.*) ¡María!

María. Bien. No te molestaré; te obedeceré; estás en tu casa.

Pilar. Su hermana mira por usted como una madre.

María. No; eso no es cierto. Mi madre gozaba cuando me veía alegre, mientras que mi hermana goza cuando estoy triste. Ya ven ustedes si existe diferencia. Madre no hay más que una; ahora lo estoy viendo.

Blanca. No digas eso, porque es ofender a Dios.

María. Sí, aquí se ofende a Dios por dar los buenos días.

Justo. No me negará usted que a veces las madres, por tener ciertas tolerancias con los hijos, los llevan por mal camino.

María. La nuestra no. Nuestra madre toleraba hasta donde tenía que tolerar. Tenía hecha una raya y de ahí no se pasaba. (*A Blanca.*) No me negarás que mamá nos educaba bien.

Blanca. Yo no acostumbro a negar lo que es verdad.

Justo. Sin embargo, sin poner en duda lo que usted acaba de decir...

María. No, no lo dude usted.

Justo. Pudo darles otra educación habiéndolas llevado a un colegio de religiosas.

María. ¿Para qué? Para que me hubiesen enseñado a perder el cariño a mi madre. Eso no; nuestra madre nos educó mejor que pudieran hacerlo esas respetables señoras. ¿No es cierto, Blanca, que mamá nos educó bien? ¿Te callas? A que también es ofender a Dios defender la conducta de una madre.

Blanca. No sabes lo que dices.

María. De mí no se puede esperar otra cosa.

Pilar. No es eso María, no es eso. Su hermana comprende la razón como también comprende que si su madre la hubiese enseñado un camino para ella desconocido hasta hace poco, en lugar de tomar estado con un hombre rebelde ante Dios, estaría a estas horas formando parte de una comunidad religiosa apartada del bullicio de la gente y libre de todo contagio de maldad.

Blanca. Así es.

María. Pues ella el único contagio que tiene es el de usted y el de su marido. El mío no la perjudica.

Justo. Quien sabe.

María. No; el mío no. En esta santa casa y al lado de mi hermana no he podido aprender nada malo.

Justo. Se aprende mucho.

María. ¿De quién?

Justo. De su cuñado.

María. (*Indignada.*) Mentira. De él se aprende mucho bueno, y no son ustedes los que menos necesitan tomar sus lecciones. Con ellas aprenderían a tener sentimientos nobles; a hacer bien a todo el que lo necesita. Seguid paso a paso el ejemplo de Jesucristo; así se vería si verdaderamente eran ustedes cristianos por vocación o les guiaba un fin particular. Han de saber ustedes que mi cuñado es un segundo Jesucristo. (*Los tres tratan de protestar.*) Sí; no tengan la menor duda; un segundo Jesucristo y ustedes los que le crucificaron.

Justo. Es un alma perversa.

Pilar. Un segundo Satanás.

María. Mentira mil veces El derrama el oro a manos llenas pera el bien de sus semejantes.

Justo. Nosotros damos limosnas.

María. Del dinero ajeno, no del suyo propio; de infelices como mi hermana.

Blanca. Basta. Te estoy tolerando demasiado.

María. Demasiado, sí. Más toleras a otros que por consideración faltas a tus deberes de esposa. ¿Qué haces, que no defiendes a tu marido?

Blanca. No tengo razones para ello.

María. Entonces, si es tan malo, ¿por qué no pides la separación, antes que consentir que unas personas extrañas le ultrajen de esta manera en tu presencia y en su misma casa?

Justo. ¡Caramba! Es descarada la niña.

María. Soy como debo de ser. Por lo menos agradezco el pan que me como en esta casa.

Blanca. Para defender a mi esposo me basto yo.

Justo. Y cuando no lo hace sus razones tendrá.

Blanca. ¿Ese es el modo de agradecer que tienes lo que hago por tí; defender lo que a mí me pertenece dejándome en ridículo ante estos señores? Tú no te reconoces que tienes un caracter violento; te sublevas enseguida que te contrarían y te pones algunas veces insolente y esas cualidades en una jóven son censurables.

Justo. Ese es el resultado que da toda persona que no se educa en colegio religioso; no aprender a respetar.

María. Yo sé respetar al que respeta. Ustedes son los que empiezan dando mal ejemplo no respetando a los ausentes.

Blanca. Bueno; dejemos esto y procura ser juicfosa.

María. Ya sabes que lo fuí siempre.

Blanca. Menos ahora.

María No creo que tengas por qué avergonzarte de tenerme en tu casa.

Blanca. Avergonzarme, no; molestarme, sí.

María. ¿Y qué he podido hacer que te moleste?

Blanca. No respetar mis órdenes.

María. Perdóname. Yo no creí que estaba a tus órdenes, como un criado; creí que estaba como lo que soy, como una hermana.

Pilar. Sí; pero siempre a las órdenes de su hermana mayor.

María. Perdonen ustedes, pero deseo que cuando mi hermana me esté reprendiendo, no se mezclen ustedes en asuntos que no les incumben.

Blanca. (*Con severidad.*) ¡María!

María. A ti te tolero todo, pero a nadie más que a ti. Si hice algo que pudiera molestarte, deseo que lo digas para no incurrir en otra falta.

Blanca. Ya sabes que no quiero que vayas a la fábrica y menos que te tomes confianza con los criados.

Justo. Porque luego ocurre...

María. (*Interrumpiendo.*) Estoy hablando con mi hermana.

Justo. (*Aparte a Pilar.*) Igual que el otro.

Pilar. (*Aparte a Justo*) Incorregible.

Blanca. El otro día observé que te reías con un criado y te entretenía mucho su conversación. ¿De qué hablabais?

María. Que sé yo; si me reía me haría gracia lo que me decía. Les hablo a todos como personas que son; no creo que esto pueda molestarte.

Blanca. A los criados se les habla lo preciso nada más.

María. Si no es nada más que eso lo tendré presente. (*Aparte.*) (Cuando estés delante.) Si no tienes más que ordenarme, con el permiso de ustedes me retiro.

Blanca. ¿Dónde vas?

María. A llevar estas flores a mi cuarto,

Pilar. Mejor servicio harían poniéndoselas a la Virgen.

Blanca. Mejor es; pónselas.

María. Estas no; la pondré otras.
Blanca. ¿Por qué no éstas?
María. Porque éstas me las han regalado.
Pilar. (*Aparte a Justo.*) Cuestión de amores.
Blanca. ¿Tanto estimas ese regalo?
María. Como tú lo estimarías si te lo hubieran hecho a ti.
Blanca. Según de quien venga.
María. Los regalos cuando se a eptan, deben estimarse, aunque sean del más enemigo.
Justo. Y si es cuestión de amores mucho más.
Blanca. ¿Se trata de eso, María?
María. No, no tengo novio; pero si le tuviera no creo que sean ustedes (*Indicando a Pilar y Justo*) los más llamados a mezclarse en este asunto.
Blanca. No contestes así.
María. Es que no puedo tolerar que estos señores empiezan hacerte ver una cosa que no existe; me sublevan estas cosas, no lo puedo remediar.
Blanca. Lo hacen por tu bien.
María. Eso es lo que me falta saber a mí; pero si es un delito tener novio, antes que yo lo hicieron ustedes.
Justo. Eran otros tiempos.
María. Tan perversos serían los hombres antes como ahora.
Justo. (*Con enfado.*) Yo nunca fuí perverso. Obré como me dictaba mi conciencia.
María. Usted sabrá lo que le dictaba su conciencia que yo no lo sé.
Blanca. (*Con severidad.*) ¿Te atreves a dudar de la conducta de don Justo?
Justo. (*Con enfado.*) Sólo faltaba eso.
María. (*Aparte.*) Aquí hay que ser hipócrita. (*Dirgiéndose a ellos.*) No dudo de la conducta de nadie y menos de ustedes. Unos señores tan respetables y tan religiosos no creo que se hayan ocupado de hacer mal a nadie.
Blanca. ¿Lo crees así?
María. Claro que lo creo; todo esto que digo son ligerezas mías que deben perdonarse.
Blanca. Los pocos años.
Justo. Y la poca experiencia de lo que es la vida.
Pilar: Perdonada.
María. Gracias. (*Aparte.*) Me era igual.
Justo. Ahora que somos amigos, nos dirá usted quién la regaló esas flores que tanto estima.

Blanca. Esa misma pregunta te iba hacer yo.

María. Sí, pero la ha hecho otro antes que tú.

Blanca. Para el caso es igual.

María. Pues bien; estas flores me las ha regalado un joven guapo y buen mozo. (*Se asombran los tres.*) ¿He dicho algo malo, que se asombran ustedes?

Pilar. (*Con asombro.*) ¡Un joven guapo y buen mozo, en boca de una señorita!

Blanca. Está feo que hables de esa manera.

María. Digo la verdad. Si fuera feo o jorobado lo mismo lo diría.

Justo. Ese es el prólogo de un amor que puede traer fatales consecuencias.

Pilar. Una joven no debe admitir regalos de nadie sin el permiso de su hermana.

Blanca. Has de saber que yo soy la responsable si te ocurriera algo.

María. Si a mí me ocurriera algo debido a una ligereza, yo sola sería la responsable, porque ninguno de ustedes se echaría la culpa para dejar a salvo mi honor. Yo cuido de mi hacienda, porque a mí sola me interesa no perderla; los demás, si lo sienten, es superficialmente. De modo que por la cuenta que me tiene, yo sabré mantener mi honor como tú supiste mantener el tuyo y dejar a salvo tu responsabilidad.

Blanca. Sí, pero si se puede remediar el mal.

María. Cuando existe, sí; pero esto es una hipótesis de ustedes.

Blanca. No es hipótesis.

Justo El regalo existe.

Pilar. Y el que lo hizo también.

María. Pero no existe el mal.

Blanca. Tú no debiste aceptar ese regalo.

María, Lo acepté porque no ví en ello nada que pudiera ofenderme:

Blanca. ¿Lo crees así?

María. Así lo creo y lo seguiré creyendo mientras no sea lo contrario.

Blanca. ¿Quién es ese joven que tanto defiendes?

María. Un obrero de la fábrica.

Pilar. (*Asombrada.*) ¡Qué horror!

Justo. (*Asombrado.*) ¡Qué escándalo!

Blanca. (*Levantándose indignada.*) ¿De un obrero? ¿Te atreves a decirlo delante de mí?

María. ¿Nosetan persona como nosotros?
Justo. Es otra sociedad distinta.
María. A la de usted.
Blanca. Y a la tuya.
María. A la mía no. A esa clase pertenecí siempre y sigo perteneciendo.
Justo. No, señora.
María. Si, señor.
Blanca. ¿Olvidas que eres una señorita?
María. No lo puedo olvidar porque nunca lo fuí. ¿No dices que estoy de limosna? Si fuese la señoriia no estaría de limosna en esta casa.
Blanca. (*Con mal tono.*) Trae esas flores. (*Intenta quitárselas.*)
María. (*Con energia.*) No te las doy.
Blanca. Te las quitaré para arrojarlas a la calle.
María. Me tendrás que arrojar a mí con ellas.
Blanca. ¿Te rebelas?
María. Sí, me rebelo contra una injusticia como es esta.
Justo. Bien a las claras me demuestra que existe un amante.
María. (*Indignada.*) ¡Oh! ¡Eso no! ¡Mentira! ¡Mentira mil veces! Y tú, hermana ¿qué haces que no me defiendes? Tú, que hace poco decías qne eras la responsable, ¿por qué no me defiendes para dejar a salvo mi honor? No, no puedes hacerlo; no puedes apartar tu voluntad de la de estos reptiles venenosos. (*Justo y Pilar tratan de protestar.*) Sí, reptiles que, arrastrándose poco a poco, se han metido en esta casa con el solo objeto de romper los sagrados vínculos del matrimonio y no contentos con eso quieren ustedes hacer ver a esta desgraciada lo que no existe: que tengo un amante. ¡Miserables! ¿Con qué derecho se atreven a pronunciar en esta casa una palabra como esa? Han de saber ustedes que mi honor está muy por encima del de usted. ¡Y luego tienen valor para llamarse apóstoles de la Iglesia! (*Cambiando de tono.*) Por supuesto que no sé cómo lo he tomado en serio. Estas cosas se deben tomar a risa y reirse hasta que se acaben las fuerzas. (*Se ríe nerviosamente.*)
Blanca. ¿Aún te ríes? (*Sigue riendo.*)
Justo. ¡Qué desvergüenza!
Pilar. ¡Qué escándalo!
María. (*Dejando de reir y muy frenética.*) Si, me río porque

no puedo llorar, porque no puedo convertirme en gigante para aplastar a estos viles calumniadores que con una sola palabra han querido destrozar un corazón lleno de ilusiones (*implorando.*) ¡Dios mío, Tú que eres tan justo, juzga a cada uno como se merece!

Pilar. Dios no escuchará sus ruegos por rebelde.

Blanca. Por rebelde ante Dios.

María. Ante ustedes por crueles, pero no ante Dios. Sé respetarle como haría con ustedes, si fueran justos.

Blanca. ¿Por qué no me respetas a mí?

María. Siempre te respeté Bien te cobras el pedazo de pan que me das.

Blanca. No digas eso y obedece.

María. Manda.

Blanca. ¿Por qué no tiras esas flores?

María. Porque no lo creo lógico.

Blanca. Entonces das a comprender que existe algo entre ese hombre y tú.

Justo. Es natural.

María. No tan natural como ustedes creen. Entre ese hombre y yo no existe nada más que un puro agradecimiento por parte de él. Y yo, como persona bien educada, sé corresponder. Pero no es mi amante, ni lo ha sido, ni lo será; pero sépanlo ustedes: a ese hombre nunca le tuve más que buen afecto, pero ese afecto ustedes lo han convertido en un cariño ciego y es tanto lo que le quiero ahora mismo que si me pidiera la vida se la daba. Le quiero con todo el alma, ustedes tienen la culpa. El me da lo que yo no he podido encontrar desde que murió mi pobre madre. ¡Cariño! ¡Mucho cariño!

Blanca. ¡Eso nunca!

Justo. Nosotros lo evitaremos.

María. Ya es tarde. Le quiero tanto como ustedes le odian sin conocerle y ustedes son los culpables, ustedes quieren apartarme de él como del demonio, sin otro fundamento que ese odio que tienen ustedes, a nuestra humilde clase, que por ser la más humilde debe ser respetada por todos y más por ustedes los apóstoles de la Iglesia. ¡Qué diría Jesucristo si supiese como se interpretan sus doctrinas!

Pilar. Jesús, ¡que escándalo!

Justo. Esto es una vergüenza.

Blanca. (*Levantándose.*) Basta de insolencias. No sé cómo

he tenido paciencia para escucharte. Acabas de decir una cosa que no puedo tolerar. ¿Dices que quieres a ese hombre?

María. (*Con resolución.*) Sí.

Blanca. Yo lo evitaré.

Justo. Y nosotros.

María. Es inútil.

Blanca. ¿Qué fundamento tiene ese cariño nacido de pronto?

María. El mismo que el odio de ustedes hacia él. Ustedes le odian porque no pertenece a su clase y yo le quiero por eso, porque no pertenece a la vuestra; pertenece a la mía, a la mas pobre, pero la más noble, la más honrada, porque sólo vive de su trabajo, y el día que no lo tienen, carecen de todo y dejan morir de hambre a sus hijos; pero jamás se valen de la hipocresía para engañar a nadie. Esa es mi clase y la tuya (*A Blanca.*) aunque quieras negarlo; pobre naciste y pobre sigues siendo, porque si eres rica por el dinero, eres pobre de espíritu. ¿De qué te sirve el dinero si con todos tus millones no sabes comprar un poco de felicidad, ni siquiera sabes agradecerlo al que te lo proporciona? Esa es vuestra religión.

Blanca. ¡Basta, basta! No quiero oirte más.

Justo. ¡Esta casa está maldita!

Pilar. Grande será el castigo de Dios para el que se cobije bajo este techo.

Blanca. ¡No; no quiero ser maldita! ¡Vete, vete de aquí!

María. ¿Me echas? Está bien; pero antes tengo que hablarte cuando estés sola. ¿Cómo vas a querer a nadie si odias a tu propia sangre? Más grande será el castigo que te imponga desde el cielo nuestra madre querida que el de Dios. (*Vase despacio mirando a Blanca. Al llegar a la puerta segunda derecha, se para un rato y rompe a llorar y vase.*)

Blanca. (*Se levanta al oir llorar a María. Llorando.*) ¡María! ¡María! Yo no te echo. ¡Ah! ¡Dios mio! (*Trata de ir a buscarla, pero Pilar y Justo se lo impiden. Se sienta en una butaca llorando.*)

TELÓN.

# ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto.

## ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen en escena MARIA en primer término derecha, sentada, haciendo costura. LUISA a su lado de pie.

Luisa. Vamos; parece que vas teniendo otra cara. ¿Se pasó el disgusto?

María. A la fuerza; cuando se ve una en la situación que yo me encuentro, tiene una que poner buena cara al demonio. Por supuesto, que yo no puedo aguantar esto mucho tiempo. Yo no he nacido para llorar y en esta casa no se puede hacer otra cosa. Esto que debía ser el palacio de la risa, es una sepultura perpetua.

Luisa. ¡Y pensar que todos estos disgustos los proporcionan personas ajenas a esta casa! Lo que no me explico cómo tu hermana se ha vuelto tan religiosa. Sin duda la habrán dicho que va a arder en los infiernos. Qué sé yo cómo esa gente se da tan buena maña para convencer.

María. A los débiles. A mí no me convencen ni a Carlos. Son mejores doctrinas las nuestras.

Luisa. Bastante mejores.

María. Ello es que a mi hermana la han vuelto loca y que acabará por volvernos locos a todos. Esta casa es un infierno; por eso quiero salir de ella cuanto antes.

Luisa. ¿Marcharte tú? ¿Y qué va a ser de nosotros si nos falta la alegría de la casa?

María. En esta casa ya no puede haber alegría.

Luisa. ¿Y qué vas hacer tú sola?

María. (*Dándose importancia cómicamente.*) Sola, no; con mi marido.

Luisa. (*Riendose.*) ¡Aun dices que no tienes buen humor!

María. No, señora; se lo digo en serio.

Luisa. ¿Estás loca?

María. Estoy cuerda y muy cuerda y por eso quiero casarme.

Luisa. Pero, ¿y el novio?

María. (*Bajando la voz.*) ¿Ha salido mi hermana?

Luisa. Sí.

María. (*Sacando una carta del pecho*) Lea usted. (*Dándola la carta.*)

(*Cogiendo la carta.*) ¡Ah, picarilla! Tenías secretos para mí.

María. Ni para usted ni para nadie. Esto ha sido el epílogo del disgusto.

Veamos a ver lo que dice. (*Leyendo.*) «Estimada señorita: Acaso cometa una imprudencia tomándome la libertad de dirigir a usted estas cuatro letras. La ruego perdone mi atrevimiento, pero obro a impulsos de mi corazón, que no sabe guardar secretos, por eso me determino a escribirla a usted; lo único que siento es no poder ofrecer a usted más que mi corazón; mi gusto sería ofrecerla un porvenir brillante. Comprendo que hay una distancia muy grande del uno al otro, pero el corazón manda y yo obedezco francamente, sin cuidarme si mi atrevimiento puede molestar a usted en algo, pero mis intenciones no son las de molestar. Será ridículo que un pobre diablo como yo, tenga la pretensión de poderla llamar un día mi esposa Pretensión que al ser atendida por usted, me consideraría el hombre más feliz de la tierra. Al ser en sentido contrario, sólo la pide perdón este humilde hijo del trabajo que besa sus pies, Andrés.» (*Dejando de leer y dando la carta a María.*) No está mal, no está mal.

María. ¿Cuál es su opinión de usted?

Luisa. Esto traerá muchos disgustos en cuanto se entere tu hermana.

María. Ya los ha habido, pero cuento con más. La causa del disgusto de ayer fué porque Andrés me regaló unas flores y ese imbécil de don Justo quiso hacer creer a mi hermana que era mi amante.

Luisa. Pero no lo diría de esa manera.

María. Con todas sus letras.

Luisa. ¿Y tu hermana?

María. Los defendió.

Luisa. (*Santiguándose.*) ¡Jesús, María y José! ¡Hasta dónde llega su fanatismo!

María. ¿Qué puedo yo esperar en esta casa? ¿Cree usted que puedo yo seguir de esta manera? Es muy triste vivir de limosna. Soy joven y puedo trabajar. Además no quiero acostumbrarme a una vida que no encaja en mí,

Luisa. Verdaderamente.

María. Yo necesito alguien que me quiera y ese alguien ya le tengo. Hoy mismo le contestaré a Andrés diciéndole la verdad, que le quiero. ¿Qué más puedo pedir que un hombre que gane para mantenerme? Y si no gana lo bastante, queriéndonos me basta.

Luisa. Tú serás feliz.

María. Seremos.

Luisa. ¿Pero estás decidida?

María. Sí, señora.

Luisa. Pero tu hermana no dará el consentimiento.

María. Alguien se encargará de darlo.

Luisa. Miedo me da pensar lo que va a pasar. Y Carlos, ¿no sabe nada?

María. No quiero que se entere por ahora, quiero darle una sorpresa, de modo que no le diga usted nada.

Luisa. Así lo haré. En fin, cortemos este diálogo no sea que venga tu hermana...

María. (*Levantándose y recogiendo la costura.*) Sí, mejor es. Voy a escribir a Andrés y a ver si puedo acercarme a la fábrica. (*Vanse conversando María y Luisa. María lleva el cesto de la costura, segunda derecha.*)

## ESCENA II

BLANCA, PILAR y JUSTO, por el foro.

Justo. Nada, nada; debemos poner remedio lo antes posible.

Blanca. (*Se quita el sombrero y lo deja sobre una butaca.*) Estoy de acuerdo con ustedes.

Pliar. Aquí la única víctima que hay es usted. (*Se sientan los tres.*)

Justo. Será grande el dolor que la causen mis palabras, pero mi conciencia no me permite por más tiempo guardar el secreto.

Blanca. (*Sobresaltada.*) ¡Por Dios! No me alarme usted así. ¿Qué es ello?

Pilar. No se asuste; las malas noticias se reciben con calma.

Blanca. (*Más intranquila.*) ¡Por Dios! Hable, hable.

Justo. Sino fuera porque la voluntad de Dios se impone, yo sabría guardar el secreto como lo he venido haciendo, pero no quiere Dios que usted siga ignorando la traición que le están haciendo aquellos por quien usted daría su última gota de sangre. No; no la quieren. Son dos seres corrompidos que cubiertos con el manto de la hipocresía, pasaron a los ojos del mundo, del mundo ciego, por personas incapaces de cometer una acción mala y, sin embargo, están cometiendo el más repulsivo de los crímenes, el crimen del adulterio.

Blanca. No comprendo que relación pueda tener conmigo todo eso.

Justo. La buena fe con que usted hace las cosas no la deja ver.

Blanca. ¿El qué?

Justo. El engaño de su esposo.

Blanca. (*Excitada.*) ¿Que mi esposo me engaña? ¿Con quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿A ver? Sigan y no me tengan en esta incertidumbre más.

Justo. Señora, es mucho lo que usted me pide.

Blanca. La verdad, entonces tendré que dudar...

Justo. ¿De mí? En ese caso...

Blanca. No, no dudo de usted; si usted lo dice lo creo, pero le suplico me diga quién es la infame, quién, hable

Justo. (*Con frialdad*) ¿Quién es? María.

Pilar. ¡Horror!

Blanca. (*Levantándose con estupor.*) ¡María! ¿Ha dicho María? ¿Mi hermana? ¡Oh! Eso es mentira; eso no puede ser. ¡Oh! Yo lo sabré y sabré castigar a los infames que no tuvieron miramiento alguno para deshonrar mi apellido y ultrajar mi persona. Yo los buscaré. (*Trata de irse por la segunda derecha y Justo la cierra el paso.*)

Justo. Yo lo impediré; sería mayor el escándalo.

Blanca. (*Con energía rencorosa*) ¡Ah, miserables! Yo sabré quitaros la máscara y presentaros ante el mundo como lo que sois; como unos miserables ladrones de vuestra propia honra. (*Llorando se sienta en una butaca.*) Los dos; los únicos que me quedaban y los perdí para siempre. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué maldición ha caído sobre mí!

Pilar. Calma, señora, calma.

Blanca. Para mí todo está perdido.

Justo. Todo no; estamos nosotros.

Blanca. (*Como si hablara sola.*) No; no puede ser; esto es imposible. ¡Mi hermana, la amante de mi marido! (*Con resolución.*) Imposible; no lo creo.

Justo. Señora; siento mucho que la pasión que usted tiene por los suyos no la permita ver las cosas claras. Lo que usted no ha podido ver, está todo el mundo harto de saberlo.

Blanca. ¡Oh! ¿Creen ustedes que yo puedo seguir desempeñando un papel tan bajo en esta casa? No y mil veces no.

Justo. Calma. Las cosas hay que saberlas hacer.

Blanca. Cuanto me pesa no haber seguido sus consejos.

Pilar. Aún es tiempo.

Blanca. ¿Pero, quién puede evitar lo pasado?

Justo. Nadie; pero se les puede dar el castigo que merecen. Para esto la aconsejo a usted mucha paciencia.

Blanca. No podré tenerla.

Justo. Dios lo manda.

Blanca. (*Resignada.*) Sea.

Justo. En primer lugar conviene que ellos ignoren que estamos enterados y mientras nosotros vamos preparando el terreno...

Blanca. Pero, usted sabe...

Justo. Todo, señora. Su esposo es un monstruo; no se conforma con lo que hizo, que quiere hacer más aún. Otra víctima; pero nosotros estamos para impedirlo.

Blanca. Yo no puedo seguir más en esta casa. No puedo seguir tolerando que se me haga traición. ¡Qué hacer cuándo me encuentre frente a ellos?

Pilar. Tener resignación y acordarse que tenemos un Dios que nos ayudará a su tiempo.

Blanca. ¿Pero, qué pretende usted hacer?

Justo. En primer lugar mucha astucia para poder desarrollar nuestro plan.

Blanca. (*Impaciente.*) Sí; pero sin pruebas de ese adulterio no se puede hacer nada.

Justo. Las hay.

Blanca. Sí; pero yo no las conozco.

Justo. Yo se las daré a conocer. Su esposo no la quiere a usted. (*Blanca trata de protestar.*) No; no lo quiera usted negar porque está bien demostrado. Si su esposo la quisiera, lo más natural es que estuviese de

acuerdo con usted en todo y no la dejara en ridículo como lo hace muchas veces que la quita a usted la razón para depositarla en un criado. Habrá observado usted que la servidumbre de esta casa se muestra más atenta con su hermana que con usted. ¿A qué obedece esto? A que los criados saben que aquí la verdadera señora es María y como lo saben no respetan a nadie ni reconocen más voluntad que la de su hermana.

Blanca. Sí, pero eso no justifica el adulterio.

Justo. Si eso no justifica el adutterio, lo justifica el que en ausencia de usted su esposo se encierra largo tiempo con María en su cuarto y por si esto es poco la pondré al corriente de una conversación que sorprendí no hace muchos días. En esa conversación están todas las pruebas del adulterio.

Blanca. (*Con ansiedad.*) ¡Oh! Pronto; vengan esas pruebas.

Justo. Ese día supe toda la verdad. Supe que la esposa virtuosa había sido engañada por su propia hermana seducida por su esposo.

Blanca. ¡Oh! Esto es horrible.

Pilar. Horrible, sí; por eso será tambien horrible el castigo. Dios sabrá ser justiciero.

Blanca. Siga, siga usted; quiero saberlo todo. (*Con energía irónica.*) ¡Con qué placer he de saborear la venganza que voy a tomar con esos dos miserables!

Justo. Pues bien; aquel día concertaron cómo despistar por si alguien pudiera hacer alguna acusación contra ellos y aquí tenemos otra víctima.

Blanca. Después de haberlo sido yo, ¿qué interés tienen para mí los demás.

Justo. Mucho. Este nuevo personaje es el que nos va a proporcionar la venganza.

Blanca. ¿Quién es?

Justo. El que pretenden que sea el esposo de María.

Blanca. ¿Qué pretenden con ese matrimonio?

Justo. Es sencillo de comprender.

Pilar. Está bien claro.

Blanca. Estará bien claro; pero yo, la verdad, no veo...

Justo. La explicaré. Su esposo quiere casar a María con ese desgraciado para tapar la falta que cometieron ellos. El muchacho aceptará, porque María aportará a su matrimonio un buen dote que la dará su esposo de usted. De esa manera tendrán más li-

bertad para seguir engañando a usted y al otro infeliz.

Blanca. (*Levantándose.*) Eso nunca; yo lo evitaré. Esta situación angustiosa no puede durar mucho tiempo.

Justo. No durará mucho tiempo, pero es necesario no adelantar los acontecimientos, porque entonces no podíamos probar su culpabilidad. Yo la explicaré a usted mi proyecto. (*Mirando con recelo a todas partes.*) No me parece este el sitio más a propósito; pudieran oirnos y entonces todo estaba perdido.

Blanca. Iremos a mi oratorio; allí no entra nadie.

Justo. (*Se levantan los tres.*) Mejor será. (*Vanse conversando por la primera izquierda.*)

## ESCENA III

CARLOS por la segunda derecha; después JUAN.

Carlos. Que bien se vive cuando se tiene la conciencia tranquila. No se apartan de uno los buenos pensamientos. Pensamientos que engrandecen el alma y dan alientos para resistir la lucha de dos ideas. encontradas. Las ideas de mi esposa y las mías. Las suyas inculcadas por el espíritu del mal. Las mías nací con ellas y morirán conmigo. (*Fijándose en el sombrero de Blanca. Sentándose.*) Caramba está en casa mi señora. Recuerdos alegres del pasado y días penosos del presente. ¡Qué tiempos aquellos tan felices los primeros del matrimonio! No salias, querida Blanca, sin despedirte de mí y al regreso nos quedábamos extasiados los dos contemplándonos como si hiciera un siglo que no nos veíamos. Aquel beso que confirmaba nuestro amor, amor que me robaron los que a ti te robaron la felicidad. (*Toca el timbre y sale Juan por la segunda derecha.*)

Juan. ¿Llama el señor?

Carlos. Sí; haz el favor de llevar esta carta al correo. (*Saca la carta del bolsillo y se la da.*)

Juan. Está bien.

Carlos. Ten cuidado no se pierda.

Juan. ¿Contiene dinero?

Carlos. Sí.

Juan. (*Aparte.*) Algún donativo. (*A Carlos.*) Tendré cuidado. (*Vase por segunda derecha.*)

## ESCENA IV

CARLOS y MARIA por el foro.

María. (*Con alegría.*) Hola, Carlitos.
Carlos. Hola, Marujilla.
María. ¿A que no sabes de dónde vengo?
Carlos. Si tú no me lo dices, claro que no.
María. Que tonto; nunca aciertas nada de lo que te pregunto.
Carlos. Mujer, no comprendes que es dificil. Puedes venir de tantos sitios. Espera a er si lo acierto (*Pensando.*) ¿De pedir flores al jardinero?
María. No, señor.
Carlos. ¿De pasear con tus amiguitas?
María. Tampoco.
Carlos. (*Pensativo.*) ¿De la fábrica?
María. (*Con alegría infantil.*) Qué cerquita le andas.
Carlos. Pues entonces de cerca de la fábrica.
María. Que te acercas, que te acercas.
Carlos. Vaya, que no lo acierto; dímelo.
María. Vengo... ¿No me regañarás?
Carlos. ¿Es tan malo el sitio donde has ido para que te regañe?
María. (*Con timidez.*) No; pero como mi hermana no quiere que me acerque a la fábrica.
Carlos. ¿Por qué?
María. Dice que es peligroso.
Carlos. No hagas caso. Pero todavía no me has dicho de dónde vienes.
María. Verás: primero fuí a ver al jardinero para que me preparara unas flores para un regalo que tenía que hacer.
Carlos. Buen regalo para lucirte.
María. (*Con pena.*) Como no puedo regalar otra cosa (*Cambiando de tono*), pero lo mismo me lo agradecen.
Carlos. ¿Para quién era ese regalo?
María. Para Juanita.
Carlos. Hay tantas.
María. Para la niña del señor Santiago, el de la fábrica, el marido de la señora Rosa.

Carlos. (*Como recordando.*) Sí, sí, ya sé.

María. Todos los días sin que se entere mi hermana, me gusta hacer una visita a los obreros. Hoy estuve en casa de Pedro, el encargado de las máquinas. Si vieras qué niños tan guapos tiene y qué cariñosos son. Yo soy la modista de sus muñecas, pero ya están muy viejas; no pueden lucir los vestidos; ya les he dicho que en cuanto pueda les voy a regalar unas muy bonitas.

Carlos. ¿Por qué no lo has hecho ya?

María. Porque... porque...

Carlos. Porque no has querido.

María. Eso no, porque si yo trabajara de las propinas las hubiese comprado una.

Carlos. (*Con extrañeza.*) ¿Qué dices? ¿Acaso tu hermana no te da dinero para algun capricho tuyo?

María. Bastante hace con vestirme y darme de comer. Si no hubiese sido por vosotros, cuando murió mi pobrecita madre, ¿qué hubiese sido de mí? ¿Voy a pediros dinero encima para caprichos? Estoy acostumbrada a pasarme sin ellos.

Carlos. (*Aparte.*) ¡Qué desgracia, ni para los suyos! (*A María.*) Pues bien, desde hoy tienes dos pesetas diarias para lo que se te antoje.

María. No; eso no No tengo derecho a ello. Mejor quiero que me señales un sueldo como costurera. Quiero ganar esas dos pesetas. No quiero más limosnas.

Carlos. (*Levantándose enfadado*) ¡Limosna! ¿Quién te ha dicho a tí que estás aquí de limosna? Habla.

María. Nadie; es que yo me lo figuro así.

Carlos. No lo comprendes tú; te lo han hecho comprender.

María. No, Carlos, no; no me lo ha dicho nadie. No vayas a echar la culpa a algun obrero de la fábrica.

Carlos. No sospecho en ninguno; son más nobles, Sé de sobra quién te lo ha dicho sin que tú me lo digas. Aquí no está nadie de limosna; aquí estás con tu padre. Un padre no puede tener a un hijo de limosna. Cómo voy a tenerte a tí si eres el único consuelo que tengo en esta casa. Yo, que no deseo más que todos los que me rodean sean felices; pero otros se encargan de destruir esa felicidad.

María. Carlos, sé que eres muy bueno. Perdóname si te he ofendido.

Carlos. Tú no me has ofendido. Fueron ellos, los otros; pero, en fin, no hagas caso y no me digas otra vez

lo que me has dicho, porque me hace sufrir mucho.

María. Bueno, Carlitos; no te lo diré más.

Carlos. Supongo que aceptarás esa pequeña pensión.

María. La acepto. Y ahora que la acepto voy a pedirte un pequeño anticipo.

Carlos. ¿Cuánto?

María. Una peseta.

Carlos. Poco es.

María. Es para pagar una deuda.

Carlos. (*En son de broma.*) ¡Hola, hola, tramposilla! ¿Se puede saber qué deuda es esa?

María. No; señor curioso.

Carlos. Pues mira, ahora que no quieres decirlo es cuando tengo más interés en saberlo.

María. Bueno, te lo diré, porque si no te vas a enfadar conmigo. (*Se sientan.*) Cuando venía de casa de Pedro venia yo cantando y brincando como una loca; en esto que se acercó a mí un pobre viejo con un niño. ¡Si vieras qué guapo era! Eso que el pobrecito iba muy estropeado. Se acercó a mí y me dijo: Señorita, una limosna para este desgraciado niño, huérfano de padre y madre, que no tiene más amparo que el de las buenas almas. Yo le contesté: ¡No tengo dinero, hermanito! ¡Dios le ampare! Y al mismo tiempo se desprendieron de mis ojos dos gruesas lágrimas y sentí... no sé lo que sentí entonces; pero hubiese dado mi vida en aquel momento por tener una pequeña cantidad para remediar por el pronto a aquellos seres tan desgraciados y dignos de lástima. Cuando le dije: ¡Dios le ampare!, me contestó: Sí; con el amparo de Dios nos moriremos de hambre. ¿Qué me importa a mí la muerte? Pero y esta desgraciada criatura ¿qué culpa tiene que pagar para que Dios le castigue de esta manera? ¿No es bastante castigo el de no haber recibido cariño de aquellos que le dieron el ser? y el viejo se echó a llorar. El niño le decía: Abuelito, no llores, si tienes hambre, yo pediré un pedazo de pan para ti que eres más viejo. No llores, abuelito, no llores que me da pena verte así. Aquélla escena me recordó muchas cosas que destrozaron mi alma. No teniendo nada que dar a aquellos dos desgraciados, cogí al niño en brazos estrujándole contra mí y comiéndomele a besos. Yo no sé si mis besos le servirían de algo,

pero noté que aquel niño se animaba, como si mis caricias llenaran de satisfacción aquella pequeña alma. Ya no tenía aquella carita compungida y triste. Ya se reía. Notaba algo que hacía tiempo le faltaba. El pobre abuelo conmovido por aquella escena, se puso de rodillas y no atreviéndose a besar mi rostro, se volvía loco dándome gracias y bendiciéndome lo mismo que si les hubiese proporcionado la felicidad para toda la vida. El niño, animado por las caricias preguntó al abuelito: ¿Es ésta mi mamá? En esto ví a lo lejos a un hombre. Dejé al niño en el suelo y eché a correr gritando: «¡Buen hombre, espere, espere!» Llegué a él. Era uno de los que labran tus tierras. Le pedí una peseta y se la dí a aquél pobre viejo. Después, al separarnos... no quiero recordar la escena; pero si yo hubiese sido rica, aquel niño no hubiese vuelto a pasar más calamidades en su vida. Y al viejo, para cuatro días que le quedan de vida siquiera ya que para él fué tan amarga la existencia, proporcionarle unas horas dulces, las últimas de su vida. Ahora, ya sabes el motivo de mi deuda. Si hice mal, censúramelo; pero... siento en el alma que no haya sido mayor.

**Carlos.** (*Emocionado; levántándose.*) Eres un angel, María. Ven a mis brazos y deja que estampe un beso en tu frente. (*La abraza y la besa.*) Otra vez que te ocurra eso, no tengas reparo en nada y piensa que aun tienes un padre que te defiende.

**María.** Tienes un corazón de oro; así te quieren tanto los obreros. ¡Si vieras qué bien hablan todos de tí!

**Carlos.** ¿Y de tu hermana también hablarán?

**María.** Sí; pero casi no la conocen. Les extraña que no haya ido nunca por la fábrica. ¿Por qué no la llevas un día para que la conozcan? Son muy buenos.

**Carlos.** Lo sé. Ellos tienen deseos de conocerla; pero ella tiene deseos también de perderlos de vista.

**María.** Mi hermana es buena.

**Carlos.** Sí; pero ha dicho eso y lo sigue diciendo. No sé lo que le pueden haber hecho. Si son buenos, ¿por qué no les trata como lo que son? El que es bueno, como bueno, y el que es malo..., como bueno también. Es el modo de hacerles ir por el buen camino. Eres muy joven, María; te queda mucho camino que andar para conocer lo que es la vida. El día que lo sepas, te acordarás de mis consejos y verás

qué bien se vive lejos del bullicio de la población y rodeada de aquellos que sepas que verdaderamente te quieren; que darían su vida por el menor de tus caprichos. Acuérdate que tus padres fueron pobres. No olvidando eso tendrás siempre presente que cuando tú comes hay muchos que no saben cuándo lo van hacer.

María. Por mucho que yo quiera hacer, no basta para remediar a nadie; soy pobre como ellos; pero desde hoy ya verás si doy limosnas. Yo nunca me hubiese atrevido á pedirte nada.

Carlos. ¿Por qué?

María. Qué se yo.

Carlos. Comprendo.

María. Si supieras, Carlos, cuánto he sufrido.

Carlos. Tú, ¿por qué?

María, Por muchas cosas. Cuando salía de paseo con mis amigas todas llevaban algún dinero para sus caprichos; pero eso no me importaba. ¡Cuántas veces me he visto en la necesidad de dar una limosna y yo, la señorita, la que todos creen que soy rica, nunca tuve la dicha de poder remediar una necesidad por pequeña que fuera. Pero, ya no me importa; ya soy rica. Que vengan los pobres hasta consumirse las dos pesetas. Si vieras qué ganas tengo de encontrar un pobre que tenga mucha hambre para hartarle de comer hasta que reviente.

Carlos. No, mujer; entonces es peor el remedio.

María. Lo de reventar lo digo en broma.

Carlos. ¿De modo que estás contenta?

María. Sí que lo estoy. Y no es por la pensión que acabas de señalarme; es porque cuando hablas me recuerdas a mi pobrecita madre. ¡Qué buena era! ¿Verdad?

Carlos. Mucho.

María. Cuánto te quería a tí. Cuánto me acuerdo de mi antigua casa y de mis vecinitas. Siempre las estaba haciendo rabiar y no podían pasar sin mí. También me acuerdo mucho de la señora Juana.

Carlos. ¿Quién es la señora Juana?

María. La señora Juana. ¿No te acuerdas?

Carlos. ¡Ah! Sí; la señora Juana.

María. Qué torpe. Sí, hombre; la portera.

Carlos. ¡Ah! Sí; la señora Juana.

María. Cuánto la hacía rabiar. ¡Pobrecilla! Tengo que ir

un día a verla. ¡Qué feliz era yo en aquella casa! Todos me querían.

Carlos. Aquí, también te queremos todos; no podrás dudarlo.

María. No; si no lo dudo; pero era más feliz. Aquélla era mi casa.

Carlos. Esta también.

María. Era muy feliz cuando me levantaba tempranito para ir a trabajar y sobre todo cuando cobraba mi pequeño jornal y se le entregaba a mi pobrecita madre. ¡Con qué alegría lo recibía! No sabiendo cómo agradecerlo, me cogía, me estrujaba entre sus brazos y me comía a besos. Desde que me falta mi madre, aunque te parezca mentira, no he vuelto a recibir una demostración de cariño de nadie. (*Recordando.*) No; miento. Tú me demostraste hace poco, lo que no me ha demostrado quien tiene más obligación de hacerlo. Ese beso que estamparte en mi frente, ha quedado grabado en mi corazón para siempre. No habrá quien pueda borrarlo. Por muchos que re iba, ese será el beso paterna! que necesitaba: claro, limpio, sin egoismo que le guíe, no como otros muchos que se dan con la pretensión de creer que por un beso pueda venderse la conciencia.

Carlos. María...

María. *Interrumpiéndole.*) No me digas nada. Soy una niña. Esto que digo son tonterías y no merecen que se haga caso. Siento mucho decir la verdad, pero no puedo ser hipócrita. En mi antigua casa sé que me echan de menos. Yo también noto que me falta algo...

Carlos. Se franca conmigo. ¿Qué necesitas? ¿Te falta algo?

María. Sí.

Carlos. ¿No puedo saberlo?

María. No; porque entonces tendría lo que necesito por imposición y de esa manera no quiero nada.

Carlos. ¿Consiste en mí?

María. No; Carlos. ¿Qué queja voy a tener de tí, si eres mi segundo padre?

Carlos. ¿Entónces es Blanca?

María. Sí.

Carlos. (*Con extrañeza.*) ¿Qué dices?

María. Que yo necesito cariño, mucho cariño. ¿No ves que

soy una niña? Necesito que me quieran todos los que me rodean; que no se me impongan leyes; que no sepa yo que ésta no es mi casa; que no me dé cuenta que me faltan aquéllos que me dieron el ser; que sepa yo que hay otros que reemplazan a los que me faltan. Si no me dais eso, dejadme ir, porque sé donde me esperan con los brazos abiertos.

Carlos. Perdona, María, si en esta casa ha habido alguien que te haya ofendido.

## ESCENA V

CARLOS, MARIA y el PADRE ANSELMO, que se presenta en el foro al pronunciar MARIA las últimas palabras.

Padre Anselmo. A los ángeles no les puede ofender más que el demonio.

Carlos. ¡Caramba! Pase, pase, Padre Anselmo. (*El Padre Anselmo baja a la escena.*)

María. Gracias por el calificativo.

Carlos. No esperaba esta visita.

P. Anselmo. En ningún sitio me esperan y en todas partes me encuentro.

María. Dios se lo tendrá en cuenta.

P. Anselmo. No hago más que lo que debo.

Carlos. Sí, pero otros no lo hacen.

P. Anselmo. Allá ellos. No seré yo el que censure las faltas que puedan cometer otros; al contrario, mi deber es enmendarlas; procurar que el que cometa una, quede arrepentido para siempre. ¿Cómo se consigue ésto? Con humildad, no con agravios. Al hombre más perverso se le puede traer por buen camino, pero no castigándole, porque de esa manera se le pervierte. Quién se atrevería a dejar caer su mano sobre mí si yo le dijera: «Aquí tienes mi cuerpo para saciar tus instintos brutales; pega hasta que te canses; pega que más pegaron a Jesucristo y lo aguantó sin protestar contra sus verdugos. El hombre más inhumano no se atrevería a hacerlo. En cambio, si yo tratara de defenderme, aquel hombre mataría y acabaría por no respetar ni a su padre. ¿De quién sería la culpa? Nuestra. Yo tengo fe y esa fe me llevó siempre a los sitios más peligrosos.

Carlos. Son pocos los que saben cumplir su misión.

P. Anselmo. Entonces son sacerdotes ante los hombres, pero no ante Dios.

María. Usted, se conforma con pasar hambre.

P. Anselmo. Alguno quedará que pase más que yo.

María. No tiene usted miedo al frío.

P. Anselmo. Más pasó Jesucristo; pero en fin dejemos esto, porque traigo otro asunto más importante.

Carlos. Sentémonos.

P. Anselmo. Como gusten. (*Se sientan.*)

Carlos. ¿Qué es ello?

P. Anselmo. Una historia triste.

Carlos. Como todas.

P. Anselmo. Verdad. Se trata de una joven y un niño que carecen de todo.

María. Carlos; dales dos pesetas a cada uno de mi parte.

P. Anselmo. Gracias, María, gracias; pero soy más exigente; pido más para ellos.

## ESCENA VI

Dichos. PILAR, BLANCA y JUSTO por la primera izquierda.

Justo. (*Con alegría fingida.*) ¡Caramba! Cuánto tiempo sin verle. (*A Carlos.*)

Carlos. No es extraño; las ocupaciones. ¿Y usted, doña Pilar, cómo se encuentra?

Pilar. Regular; nada más que regular. (*A María.*) ¿Y tú Marujilla ¿qué dices?

María. Tan contenta como siempre. (*Aparte.*) Cuánta amabilidad cuando está Carlos delante.

Carlos. (*Carlos dirigiendose a Blanca.*) Perdona, querida Blanca, pero observo en ti algo que no sé explicarme; algo así como si hubieses llorado. ¿Estás enferma?

Pilar. Sí; un poco de jaqueca.

María. (*Aparte.*) Menuda la tiene con vosotros.

Blanca. Sí; eso es, pero ya se pasó.

Carlos. ¡Caramba! Haber avisado.

Justo. ¿Cree usted que nosotros no miramos por ella?

Carlos. Al contrario; ustedes (*Con marcada intención*) se interesan mucho por Blanca.

Justo. Nuestra misión es socorrer al que lo necesita.

P. Anselmo. Perdonen ustedes; pero ya que se habla de socorrer...

Carlos. Perdone, Padre Anselmo, que yo no haya hecho la presentactón de usted a estos señores.

Justo. (*Con indiferencia.*) Es igual; ya le conocemos.

P. Anselmo. Puesto que ustedes me conocen, yo he tenido un verdadero placer en conocerles en este momento. Es una ocasión muy oportuna.

Justo. ¿Oportuna? No comprendo.

P. Anselmo. Sí; se trata de proteger a unos desgraciados.

Carlos. Me estaba explicando el caso cuando llegaron ustedes.

Justo. Siento mucho haberles interrumpido.

Blanca. Si quieren nos retiramos.

Carlos. Nada de eso. No se trata de ningún secreto.

P. Anselmo. Al contrario. La presencia de ustedes puede serles útil a esos desgraciados. Donde hay mucho, mucho se recoge.

Justo. ¿Qué clase de gente es esa que usted nos recomienda?

P. Anselmo. Le ruego que no emplee esas palabras que dañan el amor propio, para quien van dirigidas. En vez de gente pudo usted haber dicho: ¿quién es esa respetable señora? Porque tan señora es la que nació en un Palacio, como la que tuvo al nacer por cuna el arroyo. No existe más diferencia que el dinero.

María. (*Aparte.*) Toma, para que te alivies.

Blanca. (*Aparte.*) ¡Qué insolencia!

P. Anselmo. Le ruego me perdone esta pequeña observación que acabo de hacer.

Carlos. Está bien hecha, está bien hecha.

Justo. (*Ofendido.*) No tan bien como usted cree.

Pilar. Claro que no.

Justo. No acostumbro a recibir lecciones de educación.

P. Anselmo. Ni yo me declaro profesor de usted. Pero tenga en cuenta que Jesucristo dió lecciones a hombres muy sabios.

Carlos. ¿No es bastante el calificativo de pobre para que se le quiera añadir otro más? Hay que ser respetuoso ante la desgracia.

Justo. Cuando se adquiere por capricho, no.

P. Anselmo. De cualquier forma. Existe la desgracia, debemos compadecernos de ella, y el que tal cosa no haga no puede ser buen cristiano. Si el demonio me pidiera pan porque lo necesitara, pan le daría al demonio.

Justo. ¡Qué disparate!

Blanca. ¡Qué atrocidad!

Pilar. (*Santiguándose.*) ¡Jesús, María y José!

P. Anselmo. Sean más respetuosos y uo califiquen de disparates las doctrinas de Cristo. ¿Quién como El se dejaría crucificar por defender uua idea? ¿Quién cómo El pasaría hambre por el bien de sus semejantes?

Justo. Yo califico de disparate lo que usted ha dicho.

P. Anselmo. Lo que yo he dicho es el Evangelio. La limosna se da al que la necesita.

Pilar. Si es cristiano.

P. Anselmo. Y si no, lo mismo. Todos son cristianos y de la religión de Cristo.

Blanca. ¿Y por qué no van a la Iglesia?

P. Anselmo. Allá ellos. Pero conozco más buenos de los que no van más que un día a la semana a la iglesia, que de los que están todos los dias metidos en ella.

Justo. (*Indignado.*) Si yo fuese Obispo, no diría usted más misas.

P. Anselmo. Y si lo fuese yo, le mandaría a usted a convertir salvajes Entonces veríamos si verdaderamente tenía usted fe en la religión o era usted uno de los muchos vividores a costa de ella.

Pilar. (*Aparte a Blanca.*) Este hombre está loco.

Blanca. Yo creo que sí.

Justo. Soy rico y no necesito vivir a costa de nadíe.

P. Anselmo. Y yo, pobre, como Jesucristo.

Carlos. Eso es ser buen religioso.

María. (*Aparte al Padre Anselmo.*) La religión de estos señores es muy distinta a la nuestra.

P. Anselmo. (*A María.*) Ahora me convenceré. (*A Justo.*) Caballero, hace un momento decía usted que era rico y no necesitaba vivir a costa de nadie. Muy bien. Pero no dejará usted de comprender que es necesario que viva alguien a costa de los que poseen algún capital; porque es muy triste que usted se permita el lujo de ser rentista, sabiendo que hay muchos que carecen de una cantidad tan mezquina, que ni siquiera se puede permitir el lujo de poder adquirir un panecillo.

Justo. Nosotros no tenemos la culpa de que hayan nacido pobres ni tenemos obligación de mantener a nadie.

Pilar. Claro que no.

Blanca. Ni es justo que vengan a disponer de nuestro capital.

María. Si cada uno no dispusiera nada más que de lo su-

yo, de lo que legalmente le perteneciera, alguno de los que estamos aquí presentes se vería en la necesidad de tener que pedir una limosna. Tenemos la mala costumbre de no querer recordar lo que fuimos en nuestros primeros años.

Blanca. Yo recuerdo lo que fuí y recuerdo lo que soy.

María. Tú eres la primera que lo has olvidado.

Blanca. Reconozco lo que debo reconocer.

Justo. (*Aparte a Blanca.*) Transija por todo, que ya llegará la nuestra.

Carlos. Lamento mucho que se promuevan incidentes de esta manera. Si existe algún resentimiento por parte vuestra deseo que os reconciliéis. Sois hermanas y como tales debéis trataros. Ahora les ruego seamos benévolos con el Padre Anselmo, para que nos explique el motivo de su visita.

P. Anselmo. Seré breve, para no causar molestias. Se trata de socorrer a una joven y un niño

Justo. ¿Casada?

P. Anselmo. No tengo la costumbre de preguntar. Se trata de proteger a esas personas desgraciadas.

Justo. Precisamente por eso.

Pilar. Hay que saber a quién se socorre.

Blanca. Puede ser una mujer mala.

P. Anselmo. Qué más da, si es una desgraciada.

Carlos. Alguien habrá tenido la culpa de su desgracia.

Justo. En la clase pobre hay mucho vicio.

P. Anselmo. En la clase pobre, sí, hay mucho vicio, pero en la clase rica hay mucho más, porque pueden soportarlo más. El pobre no dispone de tiempo ni de dinero para desarrollar el vicio. Es una costumbre que tenemos el echar todo lo malo sobre el pobre. El dinero es una llave que abre todas las puertas. Al que carece de recursos se le cierran hasta las del asilo y eso precisamente es lo que yo quiero evitar con esas dos criaturas. Para eso cuento con encontrar abierta la bolsa de los buenos cristianos.

Carlos. Ya sabe usted, Padre Anselmo, que siempre me encuentro dispuesto...

P. Anselmo. (*Interrumpiendole.*) Lo sé. Pero me falta saber la voluntad de estos señores. (*Por Pilar y Justo.*)

Justo. Nosotros ahora no podemos hacer nada sin saber...

Blanca. Sin saber de quién se trata.

Carlos. Son dos desgraciados, Blanca.

María. Yo, Padre Anselmo, no puedo...

P. Anselmo. (*Interrumpiendola.*) Sé a quien tengo que pedir y a quién tengo que dar.

Pilar. Que manden un memorial a la Junta.

P. Anselmo. ¿Y mientras?

Justo. Que se remedien como puedan.

Carlos. El que tiene hambre no puede esperar.

P. Anselmo. (*A Justo.*) ¿No es usted rico? Pues entonces, ¿qué le hace desprenderse de unas pesetas para salvar de la miseria a esos desgraciados. (*Blanca y Pilar se asombran.*)

Justo. ¿Qué garantía me dan por ese dinero?

P. Anselmo. ¡Ah! ¿Pero es que ustedes dan limosnas con garantía?

Justo. Eso no es una limosna. Eso es un préstamo.

Carlos. Esa es la religión de estos señores.

P. Anselmo. (*Implorando a Dios.*) ¡Dios mío! Cómo explotan tus doctrinas. ¡Perdónalos!

Justo. Lo pensaremos.

Pilar. Y veremos si se puede hacer algo por ellos.

Blanca. Yo, con el permiso de ustedes, me retiro. (*A Pilar y a Justo.*) ¿Me acompañan ustedes?

Pilar y Justo. Con mucho gusto. (*Al Padre Anselmo.*) Luego le daremos la contestación.

P. Anselmo. Gracias. (*Vanse Blanca, Pilar y Justo por la segunda izquierda Carlos los contempla con desprecio.*)

## ESCENA VII

MARIA, CARLOS y PADRE ANSELMO.

Carlos. ¿Qué le parece a usted, Padre Anselmo?

María. No tienen corazón.

P. Anselmo. No me pilla de susto. De estos casos se dan muchos.

Carlos. Mi bolsa estará siempre a su disposición.

P. Anselmo. Dios se lo tendrá en cuenta. Ahora con el permiso de ustedes, voy a llamar a esos infelices que esperan en el jardín.

María. Pobrecillos. ¿Por qué no lo ha dicho usted antes?

Carlos. Que vengan, que vengan en seguida.

P. Anselmo. Voy a llamarles. (*Se dirigen los tres al foro, mirando con interes al jardín.*) Allí están. (*Les llama con la mano. Carlos y Padre Anselmo bajan a la escena y María se queda en el foro esperando a Marta.*)

Carlos. Parece que está enferma.
P. Anselmo. No es extraño.
María. (*Desde el foro.*) Cuidado, joven; tenga cuidado no se caiga. (*A Carlos y Padre Anselmo.*) ¿Qué guapo es el niño, ¿verdad?
P. Anselmo. Es un angel.
Maria. Por aquí; pase usted; no tenga cuidado.

## ESCENA VIII.

Dichos. MARTA y el NIÑO. Estos van pobremente vestidos. MARTA parece estar enferma.

Carlos. Siéntese.
Marta. No, muchas gracias; estoy bien así.
Carlos. Se lo ruego.
Marta. En ese caso... (*Se sienta.*)
Carlos. Por lo que acaba de decir el Padre Anselmo, su situación es bastante precaria. (*María se sienta, coge al niño en sus brazos y conversa con él.*)
Marta. Sí, señor; hasta el extremo de tener que dormir en el quicio de una puerta. Pero por mí no lo siento, sino por mi pobrecito hijo.
Carlos. Antes de llegar a ese extremo, se pide albergue en un asilo.
Marta. Ya lo hice.
P. Anselmo. ¿Cómo no la admitieron?
María. (*Al niño.*) Verás, cuando tengas un traje nuevo, qué bien vas a estar.
Marta. No tenía recomendación de nadie.
Carlos. Los asilos son para todo el que lo necesita.
Marta. Así lo creía yo.
P. Anselmo. ¿No es así?
Marta. No, señor.
María. (*Al niño.*) ¿Tienes ganas de comer algo?
Niño. Sí, señora.
María. Entonces, luego comerás.
Niño. Como usted quiera. ¿Y mi mamá. también comerá?
María. Sí, rico; también.
Carlos. Entonces, ¿qué entienden esos señores por caridad? Una mujer que se encuentra con un hijo en el mayor desamparo, pide que se le recojan siquiera para evitar que esa criatura muera en el arroyo sin

el amparo de nadie y no le atienden. La pondrían algún reparo.

P. Anselmo. No deben ponerle.

Marta. Pero a mí me pusieron muchos.

María. (*A Marta.*) ¿Me deja usted que me lleve el niño un momento? Venimos en seguida.

Marta. Como usted guste, señorita.

María. En seguida volvemos. (*Vase con el niño por la segunda derecha.*)

## ESCENA IX.

Dichos, menos MARIA y el NIÑO.

Marta. Me exigieron documentos que cuestan el dinero. El documento que menos cuesta, vale más que un panecillo y si no tenía para el panecillo, ¿cómo iba a tener para esos papeles?

Carlos. ¿Es usted viuda?

Marta. No, señor.

Carlos. Entonces es el fruto de un amor...

Marta. (*Interrumpiendo con energía.*) Eso no. Es el fruto de una villanía.

Carlos. Ya empiezo a comprender. Un novio que seduce y luego olvida...

Marta. No, señor; no se trata de un novio. Para dejar a salvo mi honor, es preciso que les ponga al corriente de todo.

P. Anselmo. Las causas de su desgracia no nos interesan. Si es violento para usted decirlas, cállelas.

Marta. Por muy violento que sea para mí decir toda la verdad, me es mucho más doloroso el que por mi silencio tengan que dudar de mí.

Carlos. Nada de eso, joven. Yo siempre la he creido una desgraciada.

Marta. Pero yo les agradecería que ustedes me escuchasen.

P. Anselmo. Si tiene usted interés en ello...

Carlos. Hable.

Marta. Gracias a Dios que encuentro unas personas que quieren escucharme. (*Limpiándose las lágrimas.*)

P. Anselmo. Tranquilícese, joven.

Marta. (*Después de una pequeña pausa.*) Yo vivía con mi

pobrecita madre. Mi padre murió hace tiempo y no nos dejó más herencia que el fruto de nuestro trabajo. Mi madre y yo cosiamos en ropa blanca para una tienda. Con el producto de nuestro trabajo, íbamos viviendo, aunque mal. Pero llegó un día en que mi pobre madre muy castigada en esta vida, cayó enferma. Al principio yo podía asistirla y trabajar; pero llegó un momento que la enfermedad se hizo más exigente; necesitaba más cuidado y eso no me permitía atender a mi trabajo. Por esto el jornal era más exiguo y los gastos aumentaban por la enfermedad. Después sucedió lo que tenía que suceder, que por no cumplir con mi trabajo, me despidieron de la tienda. Entonces, al verme sola, con mi madre enferma y yo una niña, no sabía qué hacer. Pensé en el Hospital, pero mi madre prefería morir careciendo de todo, antes que apartarse de mi lado. Más temía por mí que por ella.

Carlos. Pero los vecinos...

Marta. Todo el mundo se cansa de dar. Entonces pensé que había instituciones benéficas; unos vecinos me hicieron un memorial.

P. Anselmo. ¿La socorrieron?

Marta. Sí, señor; pero más valía que no lo hubieran hecho. Fué un hermano, como ellos dicen. Al principio puso muchos inconvenientes, pero yo le supliqué y me pasaban algunos alimentos. Aquél hombre que nos socorría se fué interesando por nosotros. Al principio iba una vez a la semana; después acabó por ir todos los días pretextando que mi madre necesitaba mayores cuidados. Yo le creía de buena fe. Llegó un día en que mi madre se agravó de tal manera, que creí que sería el último de su vida. Le rogué que no me dejara sola. Temía que la sorprendiera la muerte estando yo únicamente a su lado. Al verme tan afligida se compadeció y se quedó aquella noche. Ya mediaba aquella noche cuando mi madre algo más tranquila concilió un poco el sueño. Yo, debido sin duda a la falta de descanso o a alguna trama urdida por aquel miserable, me entró una pesadez que me quedé dormida; nunca me había pasado eso. Desperté al siguiente día con un malestar que no podía explicarme, echando de menos la presencia de nuestro protector y no volvimos a saber más de él. Ya no había socorros.

(*Llorando.*) A los tres días de aquella noche fatal, dejó mi madre este mundo para siempre.

Carlos. Pero usted iría a buscar a ese hombre.

P. Anselmo. No se puede dejar morir así a una persona.

Marta. (*Con desaliento.*) Sí, señor; pero me había dado las señas falsas.

P. Anselmo. ¿Es posible?

Marta. Yo no podía explicarme la desaparición misteriosa.

Carlos. Y en las circunstancias que lo hizo.

Marta. Más tarde lo comprendí todo. Aquel miserable; aquel monstruo con figura de hombre, sorprendiendo mi buena fe y sin ningún respeto a la pobre moribunda, abusó de mí; pisoteó mi honra y buscó mi desgracia y la de esa pobre criatura. Mi madre murió ignorando mi deshonra; pero yo, Marta Giner, víctima del más inhumano de los crímenes, juré ante la tumba de mi madre vengarme sin compasión.

P. Anselmo. Eso no; Marta.

Marta. Sin compasión. El no la tuvo de mí. Quiero que derrame tantas gotas de sangre como lágrimas vertí yo sobre el cuerpecito de mi pobre hijo, en las noches crudas de invierno, mientras le tenía acurrucado sobre mi cuerpo temiendo que se me muriera de hambre y de frio. Sí; con veinte vidas que tuviera no pagaría lo que yo sufrí; no lo que yo sufrí sino lo que hizo sufrir a esa desgraciada criatura.

Carlos. Es triste lo que la ha pasado, pero olvídelo en gracia del porvenir que la espera a usted y a su hijo. Soy rico y mi riqueza está siempre a disposición del que la necesita.

Marta. (*Arrodillándose delante de Carlos.*) Gracias, señor, gracias. Dios se lo pague. Yo no quiero nada; todo para mi hijo. Miren por él y háganle un hombre honrado; que si es el fruto de un crimen él no tiene la culpa. ¿Verdad que no tiene la culpa?

Carlos. No; ni usted tampoco; levante, que el que da lo que le sobra no se tiene que agradecer. (*Marta se levanta.*) Aquí tendrá usted hospitalidad para siempre.

Marta. Gracias; pero yo no puedo permanecer mucho tiempo aquí.

P. Anselmo. ¿Qué pensáis hacer?

Marta. Cumplir con mi deber; cumplir el juramento que hice ante la tumba de mi madre.

P. Anselmo. No, Marta, eso no. Tú no puedes compararte con los que te hicieron mal, porque entonces serías como ellos. La venganza no es propia de corazones nobles. Tú tienes buen corazón y sabrás perdonar todo el mal que te hicieron. Acuérdate que tienes un hijo y procura que no tenga por qué avergonzarse de su madre. ¿Qué adelantarías con matar al padre de tu hijo?

Marta. Ese hombre fué un miserable.

P. Anselmo. Sí; es cierto; pero es el padre de tu hijo. ¡Quién sabe si a estas horas está sufriendo su arrepentimiento! Dios nos enseñó a perdonar; perdona tú también y acuérdate que los delitos de sangre hay una justicia muy severa que los castiga. ¿Es que quieres sacrificar el cariño de madre por el placer de la venganza? No; eso no puedes hacerlo tú. Dime que tus manos no se teñirán con la sangre que lleva en las venas tu hijo. ¡Dime que no; ¡yo te lo suplico; yo te lo ruego!

Marta. (*Arrodillándose*) ¡Perdón!

P. Anselmo. Levanta, que bien perdonada estás. (*Marta se levanta.*)

Carlos. Es necesario que tome usted algo de alimento para reponerse pronto. (*Toca el timbre.*)

Marta. ¡Cómo pagar lo que hacen por mí!

Carlos. No se ocupe de eso.

Juan. (*Por la segunda derecha.*) ¿Llama el señor?

Carlos. Sí; acompaña a esta señora y que la den de comer.

Juan. Está bien. (*Vanse Marta y Juan por la segunda derecha.*)

## ESCENA X

CARLOS y PADRE ANSELMO.

Carlos. ¡Cómo se enseñorea la desgracia con los débiles! Y aun dicen que son malos. ¡Qué otra cosa pueden ser!

P. Anselmo. No hay que hacer caso. Eso lo dicen pero no lo pueden demostrar. El pobre es humilde desde que nace. Debido a su humildad todos abusan de él.

Carlos. Todo tiene su límite. Es muy malo enseñar a un hambriento un pedazo de pan. Si no se lo dan tiene que buscarlo, lo peor es que le obligan a hacer-

lo de mala manera haciendo un delincuente de un hombre honrado.

P. Anselmo. Después la sociedad le condena, siendo ella la causante de que ese hombre haya delinquido.

## ESCENA XI

Dichos, PEDRO y ANDRES por el foro.

Pedro. (*Desde el foro.*) Da permiso el señor.

Carlos. Adelante, adelante. (*Pedro y Andrés bajan a la escena.*) ¿Qué nueva os trae por aquí? Siéntese. (*Se sientan todos. A Andres.*) Tú, pollo; ¿no dices nada?

P. Anselmo. Parece que te acobardas cuando estamos nosotros delante.

Andrés. No, señor; no tengo motivo para ello, porque son ustedes muy cariñosos. El asunto que nos trae es muy delicado para explicarle yo.

Carlos. ¿Qué asunto es ese?

Pedro. Un asunto grave.

P. Anselmo. Acabe pronto. ¿Se trata de alguna desgracia? ¿Hago falta en otro sitio?

Pedro. No, Padre Anselmo; no se trata de dar limosnas. Entonces me tranquilizo.

P. Anselmo. Si es asunto de usted me retiro.

Pedro. (*A Carlos.*) Si el señor lo permite, deseo que se quede usted.

Carlos. Con mucho gusto.

Pedro. Es tan delicado el asunto que traigo que no sé cómo empezar. Sentiría mucho que el señor se disgustara.

Carlos. Sería la primera vez.

Pedro. Pues bien; el asunto es el siguiente: No sé si sabrá usted que la señorita y mi hijo están en relaciones amorosas...

P. Anselmo. ¡Hola, hola! ¿Conque esas tenemos?

Carlos. (*Sorprendido.*) No sabía nada.

Pedro. Pues, sí, señor.

Carlos. (*A Andrés.*) ¡Caramba! Veo que habéis sido discretos. ¿Y desde cuándo existen esos amores?

Andrés. Hace poco, señor. Pero yo quería a la señorita hacía mucho tiempo, hasta que ya no pude aguantar más y la escribí una carta declarándola mi amor.

Carlos. Muy bien.

Pedro. Como yo no quiero tapujos, en cuanto me enteré, lo primero que hice fué venir a consultar con usted.

Andrés. Si no es usted gustoso, aunque me cueste trabajo olvidar lo que tanto quiero.

Carlos. (*Interrumpiéndole.*) Nada de eso. No soy yo el que tiene que resolver este asunto. Si ella es gustosa, por mi parte no tengo que poner reparo ninguno.

Andrés. Señor; usted tan bueno como siempre. No puede usted figurarse la alegría que me causa las palabras que acaba usted de decirme. Si hubieran sido en sentido contrario las hubiese respetado y sufrido en silencio, pero nunca la podría olvidar. ¡Es tan grande el cariño que tengo a María!

P. Anselmo. ¡Caramba! Vais a hacer buena pareja.

Pedro. Señor; lo que siento es que la señora no sea gustosa.

Carlos. Pronto lo sabremos. (*Toca el timbre.*)

P. Anselmo. ¿Qué inconvenientes puede poner? Es un muchacho honrado y trabajador. No es rico, pero gana un buen jornal.

Juan. (*Por segunda derecha.*) ¿Llama el señor?

Carlos. Di a la señora y a la señorita María que vengan.

Juan. Está bien. (*Vase por segunda derecha.*)

Carlos. Son jóvenes todavía para pensar en esas cosas; pero claro, por algo se tiene que empezar.

Pedro. Señor; no es que venga a pedir la mano de la señorita. A lo que vengo es a saber si los señores autorizan esas relaciones, porque yo no quiero que se haga nada en mi casa que puedan molestar a usted.

P. Anselmo. Las cosas se hacen así.

## ESCENA XII

Dichos y BLANCA por segunda izquierda.

Blanca. ¿Me llamabas? (*A Carlos. Al ver a Blanca se levantan todos; Pedro y Andrés la abren paso.*)

Carlos. Sí; tengo que consultarte un asunto.

Blanca. (*Mirando con desprecio a Pedro y Anarés.*) No tengo que ventilar asuntos de mi casa en presencia de estos hombres.

Carlos. Del asunto que se trata es necesaria la presencia de estos señores y la tuya. Te ruego me escuches; te interesa a ti más que a mí.

Blanca. (*Con sequedad.*) Habla.

Carlos. Estos señores, (*Por Pedro y Andrés.*) Son padre é hijo. Obreros de la fábrica.

Pedro. Para servir a usted, señora. ¿Sigue usted bien? (*Blanca vuelve la espalda. Carlos lo ve y hace un gesto de disgusto..Pedro se queda como aturdido.*)

P. Anselmo. (*Con resignación. Aparte.*) ¡Qué humildad, Señor, qué humildad!

Carlos. El asunto que les trae te toca resolverlo.

Blanca. Desconozco el asunto.

Carlos. Este joven (*Por Andrés*) y María (*Blanca hace un gesto de desagrado*) parece que se quieren y desean conocer tu opinión.

Blanca. Mi opinión es que María no puede casarse con usted. (*Por Andrés.*)

Andrés. (*Suplicante.*) Señora.

Carlos. Blanca, sed razonable.

Blanca. Porque lo soy hablo de esta manera. María es indigna de llevar el apellido de nadie. (*Asombro en todos.*)

Carlos. ¿Qué dices?

P. Anselmo. Eso no es posible. (*Pedro y Andrés se separan y hablan.*)

## ESCENA XIII

Dichos y MARIA por segunda derecha. Aparece en escena muy desencajada y frenética.

María. Paso. A ver esas palabras, que yo las vuelva a oir. (*Muy excitada.*) Vamos, repítelas o te las hago repetir a la fuerza. (*Hace ademán de lanzarse sobre Blanca. Se interponen todos.*)

Carlos. Blanca, confiesa que no sabes lo que has dicho.

Blanca. (*Con altivez.*) Sé lo que he dicho y lo mantengo.

Carlos. (*Amenazador.*) ¡Blanca!

María. ¡Oh! Esto es demasiado. (*Pedro y Andrés se colocan al lado de María, tratando de consolarla.*)

P. Anselmo. Yo no puedo prescindir de tomar parte en este asunto. Se trata del honor de una doncella.

Blanca. (*Con energía brutal.*) Ni existe honor, ni existe doncella.

María. ¡Oh, miserable! (*Pedro y Andrés la sujetan.*) ¡Dejadme! Dejadme que me defienda. (*Llorando.*) ¡Dios mío! ¡Amparadme! No veis que están tirando

mi honra por el suelo. (*Padre Anselmo, Pedro, Andres y María forman grupo.*)

Carlos. Blanca; no puedo tolerar un atropello tan brutal. María es muy digna por todos los conceptos de llevar el apellido más ilustre.

Blanca. No lo es.

María. No, no puede ser; yo estoy loca; decidme la verdad. Decidme que no es cierto lo que he oido que todo es un sueño. (*Señalando a Blanca.*) Esa no es mi hermana, no puede serlo. Es una vil calumniadora que no lleva nada de mi sangre. Dejadme para cogerla entre mis manos, estrujarla y pisotearla lo mismo que ella pisoteó mi honra.

Carlos. (*Cogiendo a Blanca por un brazo con brusquedad.*) Es necesario que des ante estos señores una explicación de los agravios inferidos a tu hermana. Te lo exijo. (*Amenazador.*) ¡Hay de ti si no la devuelves el honor perdido. (*Soltándola con desprecio.*)

Blanca. (*Aparte.*) Sufre, sufre, que yo también sufrí.

P. Anselmo. (*A María.*) Valor, hija mía; pronto veremos la luz de la verdad.

Carlos. (*A Blanca.*) Acércate a tu hermana y pídela perdón.

Blanca. Aparta, que tu contacto me envenena.

Carlos. ¡Oh! Estás loca.

Blanca. No estoy loca. Basta de comedia. (*Todos ponen atención en Blanca.*) Yo os presentaré ante el mundo como lo que sois, como dos monstruos que no supisteis respetar mis derechos de esposa. Ultrajasteis mi persona convirtiéndoos en amantes.

Carlos. ¡Miserable!

P. Anselmo. ¡Jesús!

Pedro y Andrés. ¡Mentira! ¡Mentira!

María. ¡Oh! ¿Qué ha dicho? ¿Yo la amante de Carlos? ¡Dejadme! Dejadme sola con ella. Quiero defender lo que a mí únicamente pertenece. (*Blanca sonríe siniestramente. Todos forman grupo alrededor de María para evitar que se acerque a Blanca.*)

Carlos. (*A Blanca.*) Eres tan mala como los que te aconsejaron. (*María, que está forcejeando con los que la sujetan, empieza a reír a grandes carcajadas nerviosas como si estuviera loca; la sientan en una butaca.*)

## ESCENA XIV

Dichos. JUSTO y PILAR por la ¡segunda izquierda.

Justo y Pilar. (*Acercándose al lado de Blanca.*) ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Carlos. (*A Blanca.*) Mira tu obra; recréate en tu maldad. Esa es tu hermana; esa pobre loca, loca por tu culpa. (*María ríe con más fuerza.*)

Blanca. Por mi culpa no. Vosotros sois los verdaderos culpables. Ese es el castigo de vuestro crimen.

Carlos. (*Cogiendo a Blanca por un brazo*) ¡Calla, calla! No aumentes mi desesperación. Las mujeres como tú no merecen más que el desprecio. (*La suelta bruscamente. Fijándose en Pilar y Justo.*) ¡Cómo! ¿Están ustedes ahí? Salgan pronto de esta casa.

Justo. Nosotros, ¿por qué hemos de salir de esta casa?

Carlos. Porque lo mando yo; el dueño. El que tuvo paciencia para tolerar las injusticias cometidas en esta casa por consejos de usted, doctrino de mala entraña.

María. (*Más tranquila; como si hablara sola.*) No; ¡todo es mentira.

Blanca. Es todo un caballero y a él le debo el haber descubierto...

## ESCENA XV.

Dichos y MARTA con el NIÑO por la segunda derecha, se acerca al lado de MARIA.

Carlos. (*Interrumpiendo.*) ¡Ah, canalla!

Justo. (*Aturdido.*) Yo no sé nada...

Blanca. ¡Hable! ¡Hable!

Carlos. Tú dirás la verdad. (*Trata de coger a Justo por el cuello. Marta se interpone al reconocer a Justo.*)

Marta. Yo me encargaré de ello. (*Extrañeza en todos.*) Yo Marta Giner, que viene a pediros cuenta de vuestro crimen. (*Justo se estremece. María al oír las últimas palabras de Marta empieza a animarse. Todos ponen gran atención en Marta. Su hijo se coloca a su lado.*) Tarde, pero al fin ha llegado la hora de echaros en cara todo el mal que me hicisteis.

Carlos. Ya comprendo. Este miserable ..

Marta. Sí; este miserable fué el autor de mi deshonra.

Justo. Esta mujer no sabe lo que dice; me acusa sin pruebas y yo sabré castigarla. (*Hace ademán de abalanzarse en forma agresiva sobre Marta.*)

Carlos. Para castigar me basto yo.

Marta. ¡Pruebas! ¿Qué pruebas puedo presentar? ¡Ninguna! Pero para acusaros me basto yo. Para acusaros del crimen más inhumano que puede cometer persona bien nacida. Aquí os presento al monstruo mayor que pisa la tierra. Al hombre que con capa de santidad y valiéndose de artimañas vergonzosas, se introduce en hogares tranquilos donde sabe que existe la felicidad.

Justo ¡Falso! ¡Falso! No crean nada de lo que dice.

Marta. No; no puede negarlo; su conciencia le desmiente.

Blanca. (*Aparte.*) ¡Dios mío! ¿Será cierto lo que dice?

Marta. No puede hablar; su cara descubre la verdad. No quiere recordar aquella noche fatal para mí, que en la presencia de una moribunda y valiéndose de medios que sólo están al alcance de una conciencia corrompida como la vuestra sin ninguna consideración a esa desgraciada familia, buscasteis la desgracia mía y la de esta pobre criatura fruto de mi deshonra y de vuestra brutalidad perversa.

Justo. ¡Mentira! Esta es una mujer mundana que viene a explotaros con historias falsas.

Marta. ¡Miserable! ¿Aun dices mentira? ¿Os atrevéis a insultarme llamándome mujer mundana? ¿Queréis presentarme ante estos señores como una mala mujer, con el solo objeto de convencerlos, que me echen de esta casa donde encontré un albergue cariñoso? ¿Queréis que continúen mis desdichas? No, Dios quiso ponernos frente a frente para vengar mi deshonra. (*Saca un puñal que lleva escondido, y sin que nadie lo pueda evitar se le clava a Justo en el pecho. Este vacila un momento y cae al suelo moribundo. Confusión general. Todos se apresuran a socorrer a Justo; Marta, como enloquecida, coge a su hijo, le estrecha entre sus brazos y le besa.*)

Pilar. (*Con desesperación.*) ¡Muerto! ¡Asesino! ¡Asesino!

Carlos. No; él la puso el puñal en la mano.

Blanca. ¡Dios mío! ¡Dios Mío! (*Se sienta en una butaca sollozando.*)

¡Aún vive! (*Justo se revuelve haciendo gestos de dolor.*)

Pronto. Un médico. (*Vase Pedro por el foro*)

P. Anselmo. ¡Marta! ¿Qué has hecho?

Marta. Cumplir el juramento que hice ante la tumba de mi madre.

P. Anselmo. (*A María.*) Ese es el castigo de Dios. (*Cogen a Justo y le colocan en una butaca.*)

Justo. (*Con voz débil y haciendo gestos de dolor.*) ¡Agua... me ahogo. .!

Carlos. ¡Pronto un vaso de agua. (*Vase Andrés y vuelve con un vaso de agua en seguida.*)

Marta. (*Arrodillándose con su hijo ante Justo.*) ¡Perdón! (*Justo indica a Marta que se levante; Marta obedece. Pilar coge el vaso de agua que acaba de traer Andrés y da de beber a Justo unos sorbitos.*)

Justo. (*Con voz muy debil.*) Padre Anselmo, acérquese...

P. Anselmo. ¿Qué quieres, hijo mío? Si vais a dar cuenta a Dios es necesario que nos dejen solos.

Justo. (*Hace un signo afirmativo. Los demás tratan de retirarse y Justo indica que se queden.*) No, que se queden todos. Venir, acercarse. Quiero que oigan mi arrepentimiento. (*Todos forman corro al rededor de Justo.*) Yo os Pido perdón a todos. He sido malo, muy malo. Era mi placer hacer mal y pasar por bueno; lo confieso. Ahora vais a escuchar la voz de mi conciencia. A la hora de mi... ¡Me ahogo! (*Trata de levantarse.*) ¡No puedo! (*Pilar le desabrocha el chaleco y el cuello de la camisa.*) Marta; perdóname mi crimen. María, Andrés, casaos; María es honrada. Blanca es buena. Fué mala por mi culpa. Todo era mentira. ¡Me muero...! ¡Perdón! !Perdón a todos! ¡Perdón! (*Hace un gesto de contración y gesto de dolor y muere cayendo al suelo.*)

P. Anselmo. ¡Dios le perdone como nosotros le perdonamos! (*Están todos conmovidos.*)

Marta. ¡Hijo mío! Besa el cadaver de tu padre. (*Se arrodilla Marta y el niño le besa. Marta se pone a orar sollozando.*)

Blanca. (*Arrodillándose llorando delante de María.*) ¡Perdón, María! ¡Perdón!

María. (*Sollozando.*) ¡Levanta, hermana! ¡Levanta y ven a mis brazos! (*Blanca se levanta y se abrazan las dos llorando.*)

Carlos. (*A Blanca*) Mira, este es el castigo de Dios.

Blanca. ¡Perdón! ¡Perdón!

Carlos. María, casaos y vivid lejos, muy lejos. Vivid en un

desierto si es posible. Ya veis qué mala es la sociedad.

Blanca. ¡No, Carlos, no! Yo no me separaré nunca de vosotros. No abandonarme, yo os lo suplico. Si hice lo que hice, fué porque estaba ciega y no veía.

María. ¡Perdónala, Carlos! ¡Perdónala!

Carlos. Grande es el sacrificio que voy a imponerte para conseguir mi perdón. Dios no quiso concedernos un heredero, pero la desgracia nos le proporciona. ¡Marta! Desde hoy esta será la madre de tu hijo.

Blanca. ¡Sí; yo seré su madre! (*Coge el niño entre sus brazos y le besa.*)

Carlos. ¡Blanca, yo te perdono! (*Forman un grupo colocándose Blanca y María cada una al lado de Carlos y el niño delante. Carlos tiene abrazados a las dos. Marta, Pilar y Padre Anselmo, rezando junto al cadaver. Andrés contempla con alegría el grupo formado por Carlos, Blanca, María y el niño.*)

TELON.

# Obras del mismo autor.

SERAFIN Y COMPAÑIA; juguete cómico en un acto, en prosa, original.

ELECCION DE CANDIDATO; entremés, en prosa, original.

LA LUZ DE LA VERDAD; drama en dos actos, en prosa, original.

3 0112 115867803